1913

Udón Pérez

ANFORA CRIOLLA



UDON PEREZ

Anfora criolla

1913

- MARACAIBO -

IMP. HNOS. TRUJILLO

Obras del autor

Publicadas:

LIRA TRISTE: Poesías.

FRUTOS NATURALES: Ensayo dramático en tres actos i en verso.

ANFORA CRIOLLA: Poemas i Sonetos.

Inéditas:

LA VISION SUPREMA: Drama en un acto i en verso.

SIN NOMBRE: Drama en tres actos i en verso.

IGUARAYA: Poema indiano en cinco cantos.

En preparación:

COLMENA LIRICA: Poesías.



Hilad la seda de vuestro seno; libad vuestra propia miel; cantad vuestras canciones; porque tenéis un árbol, un panal i un nido.

JUAN VICENTE GONZALEZ.

Preliminar

Mi Musa oyó el conjuro de sugestiones lleno ;
eran consejos sabios aquellas sugestiones :
—Hilad, hilad la seda de vuestro propio seno ;
libad de vuestras mieles ; cantad vuestras canciones.

Mi Musa –joven india– cruzó el lago sereno ;
fue al río, entró en la selva i exploró sus regiones ;
un árbol fue su choza ; su imperio el bosque ameno . . . .
i suspendió su hamaca bajo las ramazones.

Preparó su merienda con jugo de panales ;
su flauta de un cañuto, con ritmos de turpiales ;
su chumbe con la seda que el árbol desarrolla.

I así, bajo las frondas del árbol que la hospeda,
tocó sus propios sones, hiló su propia seda,
i recogió sus mieles en ANFORA CRIOLLA.

VENDIDA

A Alirio Díaz Guerra

Vendida

¡Muerta! Allí está, sobre el jergón estrecho
que le sirvió de lecho
de su existencia en los postreros días:
cayó por fin la combatida palma;
por fin reposa el alma
que lastimaron hondas agonías.

Era una noche lúgubre i lluviosa
cuando, enferma i llorosa,
llamó a la puerta del severo hospicio:
allí donde se ampara el indigente
peregrino i doliente,
i se refugia gangrenado el vicio.

Rendida en el portal, falta de aliento,
llamó con ese acento
que el pecho herido al querellarse exhala;
i se agitaba con mortal fatiga,
como tiembla la espiga
del huracán violento bajo el ala.

Abrióle presto compasiva Hermana;
i trémula campana
rompió el silencio del salón tranquilo,
anunciando al celoso practicante
con su lengua vibrante
que un pobre enfermo demandaba asilo.

Acude aquél solícito i atento
del bronce al llamamiento,
el libro en que medita abandonando;
hacia la humilde enferma el paso mueve,
i tras examen breve,
—Venid, le dice, con acento blando.

I la infeliz, el ave macilenta
que azotó la tormenta
i sin piedad entumeció la lluvia;
la que sufrió del mundo agrio reproche,
tuvo desde esa noche
donde posar su cabecita rubia.

Mas en vano a su mál punzante i vivo
buscando lenitivo,
llegó hasta ese hospitalario techo:
como el buitre al coloso en la montaña,
con implacable saña
el mál la mina i le desgarra el pecho.

Así lo dijo, de esperanza ajeno,
el anciano galeno
que examinó después su cuerpo enjuto,
cuando el caso fatal, al otro día,
al coro que le oía,
en el aula explicó del instituto.

Era verdad: en torno a sus pupilas
palor de mustias lilas
denunciaba lo intenso de su pena;
hilos de sangre débil i espumosa
matizaban de rosa
de sus marchitos labios la azucena.

Como llama confusa i fugitiva,
apagándose iba
de sus miradas el fulgor sereno;
i ronca tos de ruidos lacerantes
rompía por instantes
el angustioso ritmo de su seno.

Aun me parece verla sobre el lecho,
en estertor el pecho,
el cuerpo hundido entre el jergón obscuro,
contemplando en silencio el Crucifijo
que se destaca fijo,
con los brazos abiertos, sobre el muro.

¡Cuántas veces, hallándome a su lado,
miré su demacrado
rostro bañarse en llanto repentino!
¡Cuántas, del lienzo bajo el blanco embozo,
un ahogado sollozo
largo i profundo a sorprenderme vino!

I al contemplar su silencioso llanto,
i entre el nocturno manto
al escuchar su quejumbroso aliento;
adiviné en su queja i en sus ojos,
su historia de sonrojos,
su lucha, su dolor, su vencimiento.

Una mañana del florido mayo,
del alba al tenue rayo,
que desparcía en el azur su lumbre;
henchidos de piedad los corazones,
por los vastos salones
se dilató ferviente muchedumbre.

Mecía el aura con sus ondas puras
flotantes colgaduras
de níveo tul, en muros i ventanas;
alzábanse las flores en macetas,
i alegres i coquetas
reían en la torre las campanas.

Del cirio envuelta en la radiosa gala,
abría en cada sala
austera Cruz sus brazos redentores;
i como hilando velos de querubes,
subía en vagas nubes
el alma del incienso i de las flores.

Se daba Comunión: i los enfermos,
como los campos yermos
cuando los baña el matinal rocío,
de aquel rito de amor a la influencia
sentían su existencia
nuevo impulso cobrar i nuevo brío.

Sólo lloraba, silenciosa, aquella
que en otro tiempo bella,
brilló por su inocencia i su alegría;
i en mísero jergón tendida luégo,
casi apagado fuego,
bajo un soplo mortal se consumía.

Al lecho me acerqué: —¿Por qué ese llanto?
De Dios el Cuerpo santo
vuelve la calma al corazón que espera.
—Es –me repuso– que recuerdo ahora
de mi vida la aurora,
mi antigua fe, mi Comunión primera.

Dulces palabras de cordial consuelo,
por mitigar su duelo,
dijéronle mis labios con ternura;
i como, al escucharme, sonreía,
un ángel parecía
pronto a volverse a la dichosa Altura.

—No sigáis -prosiguió- pues fuera en vano...
I me estrechó la mano
con tierno afán la suya temblorosa,
mientras se coloraban sus mejillas
entecas i amarillas
con ligero matiz de nieve i rosa.

—Si supierais, señor, la ensombrecida
historia de mi vida,
no buscaríais a mi duelo calma:
i me mostró sus faltas, sus deslices,
las rojas cicatrices,
las úlceras sangrientas de su alma.

¡Madres sin corazón i sin conciencia
que feriáis la inocencia
de vuestras hijas cándidas: escrito
deberíais llevar, con fuego ardiente,
sobre la innoble frente,
para eterno baldón, vuestro delito!

¡Sátiros sin honor, repletos de oro,
que compráis el decoro
i la virtud mancháis de las mujeres!
¿No sentís nada en la conciencia, nada,
turba desenfrenada
sedienta de lujuria i de placeres? . . . .

Fruto – nó del amor – de pasajera
unión que ni la austera
Lei consagró ni la bendijo el Cura,
aquella niña, en la paterna estancia,
vio discurrir su infancia,
como una linfa, transparente i pura.

En esas dulces i fugaces horas,
espléndidas auroras
de la edad más risueña de la vida,
de sus gracias i encantos orgulloso,
el padre generoso
era su sola, inquebrantable egida.

Allí se levantó la niña hermosa,
blanco botón de rosa
que se abría a la luz, lejos del mundo,
correspondiendo al paternal cariño
con afecto de niño,
siempre en caricias i en bondad fecundo.

I en tanto que la virgen hechicera,
yá rosa en primavera,
era del padre encanto i maravilla,
el monstruo vil que la llevó en el seno,
para arrojarla al cieno
redes echaba a su virtud sencilla.

Más de una frase deslizó en su oído
las veces que al descuido,
acercándose a ella, hablarla pudo;
mas vio la madre codiciosa i prava,
que el dardo se embotaba
del ingenuo candor en el escudo.

Un día ¡infausto día! en el sereno
hogar de dicha lleno,
tendió sus alas fúnebres la muerte;
i vio la virgen, con dolor i espanto,
al sér que amaba tánto,
–su sola egida– desplomarse inerte.

Le vio perderse, cual bajel yá roto,
en el abismo ignoto;
i náufraga en los mares de la vida,
a solas se quedó con su tristeza,
turbada la cabeza
i la faz por el llanto humedecida.

Rindió al cadáver funeral tributo;
i envuelta en negro luto,
de amarga pena el corazón transido,
abandonó el hogar . . . . . ¿A dónde iba,
llorosa i fugitiva,
tierna paloma sin amor, sin nido?

¿A dónde guiaba, presurosa, el paso?
¿Iba a buscar, acaso,
la protección del maternal afecto?
¿Cuándo le tuvo sierpe venenosa?
¿Cuándo a la flor hermosa
ampara el torpe, el miserable insecto?

Allá fue ¡la infeliz! que por su mente
de virgen inocente
cruzar no pudo la espantosa idea
de que una madre, aun madre del arroyo,
en vez de firme apoyo
antro de infames corrupciones sea.

Allá fue con su llanto i con su duelo:
paloma que al señuelo
de artero cazador incauta llega;
i el monstruo vil, de júbilo radiante,
desde el primer instante
a sus planes diabólicos la entrega.

Lujo, poder, amor, ricos arcones . . . .
todas las seducciones
hizo a sus ojos desfilar con maña.
— Si quieres, los tendrás, exclamó luégo,
de Satán con el fuego
cuando tentó a Jesús en la Montaña.

De la doncella en el incauto seno
iba el sutil veneno
infiltrando su virus nauseabundo;
i al fin cedió, rendida al imprevisto
halago: no era Cristo,
era un ángel no más . . . . . i triunfó el mundo.

I vino el torpe sátiro, sonriente,
en la niña inocente
a saciar el satánico apetito.
¡I no se levantó, tremendo, airado,
en contra del malvado,
un solo acento . . . . . ni siquiera un grito!

I ése es aquel que a voces se lamenta
de la social tormenta
que ruge en torno al ideal cristiano;
es ése el inflexible caballero,
con todo error, severo;
del más leve desliz, juez soberano.

Ése es aquel que llora i se arrodilla;
ése es aquel que humilla
hasta el suelo la faz, manso i devoto;
el que en suprema indignación estalla
contra el vicio sin valla,
el mál sin linde i la razón sin coto.

Sé que podrá del mundo indiferente
el apóstrofe hiriente
a tál mengua faltar, a tál mentira;
mas nó mi maldición a los perversos
mientras estalle en versos
la cólera sagrada de mi lira.

Angel de puras i radiantes alas,
hundió sus níveas galas
la pobre niña en putrefacto lodo.
¿Cuándo, otra vez, levantará su vuelo
por azulado cielo,
si yá perdió con la inocencia todo?

El fauno vil, erguida la cabeza,
irá con su riqueza
a manchar el candor de otra alma pura;
mas del ángel caído, todavía,
la codiciosa arpía
querrá explotar el garbo i la hermosura.

¡Nó, no será! que la infeliz ahora
ve la intención traidora,
ve de la madre el sórdido egoísmo:
por ella su virtud rodó maltrecha,
i aún no satisfecha
¿quiere arrojarla al fondo del abismo?

¡No será, nó! Dentro de aquellos muros
surgen vahos impuros,
cual de un pantano por el sol herido . . . .
I abandonó el hogar. ¿A dónde iba,
llorosa i fugitiva,
tierna paloma sin amor, sin nido?

¿Dónde será que su virtud se acoja?
¿Quién dará a su congoja
consuelo i paz? ¿Reposo a su vigilia?
Quizás, al ser de su aflicción testigo,
le ofrezca honrado abrigo
del amoroso padre la familia.

I fue a buscar su protección . . . . I en tanto
que en súplicas i llanto
desbordaba la niña su amargura;
a mitigar su pena i su gemido
¡ai! no llegó a su oído
una frase de amor ni de ternura.

Sonrojo halló nomás, burla e insulto
en donde santo culto
quiso al honor rendir con noble intento.
Fue despreciada sin piedad:-Vendida,
sin honra, envilecida . . . .
mancha –pensaron– con su torpe aliento . . . . .

Yá en vano buscarás, niña doliente,
quien tu vida sustente
i a tu virtud maltrecha brinde escudo.
¿Trabajarás, tal vez? Anhelos vanos:
¿cuándo fueron tus manos
acostumbradas al trabajo rudo?

Del taller en las ímprobas labores
ahogarás tus dolores;
lucharás, por vencer, con ardimiento;
de la fatiga, empero, lastimada,
al fin de la jornada
perderás la salud con el sustento.

¿Mendigarás? Tan joven i tan bella,
en vano en tu querella
será que al mundo su favor implores:
la mano que se tienda a consolarte
querrá luégo arrancarte
de su favor en pago, tus favores.

Antes preferirás que envilecerte,
en brazos de la muerte
dar a la tierra el postrimer tributo.
¡Morir! ¿I piensas en morir? Te engañas:
piensas que en tus entrañas
se agita yá de la deshonra el fruto.

Serán, tal vez, tus noches más sombrías,
más lúgubres tus días,
de tu dolor más ruda la violencia;
mas esclava del sér que concebiste,
soportarás la triste,
la abrumadora cruz de tu existencia.

El hambre, en tanto, sin cesar te hostiga,
te abate la fatiga....
i hai quien te ofrece pan, propicio techo....
Cedes al fin al tentador halago,
i vas ¡destino aciago!
vas de otro amante a compartir el lecho.

Es otro paso hacia el abismo hondo
en cuyo negro fondo
hierven los vicios en inquieto enjambre;
mas, cuando crece tu dolor prolijo,
yá esperas que tu hijo
no ha de morir en el arroyo, de hambre

Yá le aguarda un hogar: el de aquel hombre;
tal vez un nombre: el nombre
de tu amante . . . . ¿Ilusión? . . . . ¿Ensueño vano?
¿No puede ser que a tu bondad rendido,
a par del apellido,
ante Dios i la Lei te dé su mano?

¡Pobre mujer! Sus sueños de ventura
duraron lo que dura
a los besos del sol leve neblina:
meses después, de nuevo abandonada,
sin pan i sin morada,
cruza las calles sola i peregrina.

I porque en vano caridad implora;
porque un hijo le llora
sin abrigo i sin pan entre los brazos;
precipitada, a su pesar, se siente
por áspera pendiente,
donde su honor rebota hecho pedazos . . . .

Vedla en el lupanar; entre las heces
del vicio . . . . ¡I tántas veces
como tembló pensando en sus horrores!
Rodó hasta el fondo: en pública almoneda,
por una vil moneda
prodiga su hermosura i sus amores.

Creció allí el niño, respiró el ambiente
húmedo i pestilente
que en torno suyo desparrama el vicio;
i allí, al afecto maternal rehacio,
dio a su capricho espacio;
fue el arroyo su escuela i su ejercicio.

Llegó a la edad de la razón, i apenas
pulsaron en sus venas
de la edad juvenil las energías,
abandonó a la madre cariñosa,
i en vida crapulosa
pasó las noches i abrevió los días.

La madre, en tanto, herida, solitaria,
sin que fugaz plegaria
fuese un momento a refrescar sus labios,
del ocio i del placer por la torcida
senda, siguió su vida
entre golpes i lágrimas i agravios.

Luégo, más sombra en torno a su existencia;
dormida la conciencia;
la sangre corrompida; el cuerpo laso;
mientras la tisis, nuncio de la muerte,
sin compasión le advierte
de su mísera vida el negro ocaso.

Después . . . . la noche lúgubre i lluviosa
cuando, enferma i llorosa,
llamó a la puerta del severo hospicio:
allí donde se ampara el indigente
peregrino i doliente,
i se refugia gangrenado el vicio.

¡Muerta! Allí está, sobre el jergón estrecho
que le sirvió de lecho
de su existencia en los postreros días:
cayó por fin la combatida palma;
por fin reposa el alma
que lastimaron hondas agonías.

Reposa . . . . Mas su cuerpo macilento,
cual póstumo tormento,
rasgará la cuchilla exploradora,
para mostrar al estudiante experto,
como en un libro abierto,
la luz que en sus entrañas atesora.

Revueltas luégo, en funeral mortaja,
rodarán a la caja,
negra, como el dolor, de tosco pino;
cual ruedan, a las ráfagas de otoño,
la hoja i el retoño,
la flor i el fruto, al linde del camino.

Después.... la soledad en el misterio
del triste cementerio;
el arcano silencio de la fosa;
sin que a la luz postrera de la tarde
hagan doliente alarde
ni una cruz ni una flor sobre su losa.

¡I ante ese cuadro aterrador, sombrío,
nadie tiembla, Dios mío:
ni el sátiro, de horror; ni la tirana
madre de aquella víctima, de miedo;
i el mundo se está quedo,
i se está queda la justicia humana!

¿Por qué si eres piadoso i justiciero
¡oh Dios a quien venero!
no brindas siempre al corazón que gime
consuelo i esperanza; i en la frente
de todo delincuente
no descargas tu cólera sublime?

Recáta, oh Dios, tus juicios soberanos . . . .
Mas yá que entre mis manos
una lira pusiste, aunque insonora,
¿será para que halague con mis cantos
vicios i errores tántos
que surgen del abismo hora tras hora?

Ante la infamia i ante el vicio inmundo,
podrá callar el mundo;
la justicia faltar, si mal se inspira;
mas nó mi maldición a los perversos,
mientras estalle en versos
la cólera sagrada de mi lira.

- 1897 -

LA VOZ DEL ALMA

A Ramiro Nava



La voz del alma

Es noche de diciembre: *Nochebuena*,
cual la nombra en sus cantos la cristiana
devota muchedumbre. En lo alto suena
de la vetusta torre la campana,
i por el ancho sideral zafiro
se desparraman sus alegres notas
como banda de alígeras gaviotas
que abandona el palmar en loco giro.
Los cánticos difunden sus rumores
por la ciudad; i en gayos ramilletes
de lágrimas i estrellas de colores,
estallan por el aire los cohetes.

Es *Nochebuena*. Numeroso bando
deja el recinto del sagrado templo,

donde hasta Dios el corazón alzando
en alas de la fe, dio vivo ejemplo
de piedad i de amor. ¡Con qué decoro
los gajes dejó en él de su cariño,
cuando al rumor del órgano sonoro
besó las plantas del sonriente Niño!
Mas como yá, tras la oración ferviente
que de sus labios ascendió a la Altura,
cual rocío lustral sobre su frente
cayó la santa bendición del Cura;
como la luna con sus níveos lampos
ilumina la urbe i la floresta,
a recrearse en los vecinos campos
la bulliciosa multitud se apresta.

Acuerdan yá sus notas los violines,
las vibrantes guitarras, los ligeros
tiples i los sonoros bandolines . . . .
i allá se van los grupos vocingleros
bajo la luz del rutilante disco,
como suele la tímida manada
cuando al tibio fulgor de la alborada
en confuso tropel deja el aprisco.

¡Cuánta beldad! En amplio desarrollo
la undosa cabellera por la espalda;
lazado el cerco del sombrero criollo
i recogida la incitante falda.
¡Con qué gentil donaire i vario acento
improvisadas coplas dan al viento,
al compás de zambombas i guitarros!

¡I cuál les tiñe en púrpura el semblante
el licor generoso i embriagante
que a trechos beben de arcillosos jarros!

Quien asistiendo a las sencillas fiestas
que a la luz de la luna en las florestas
celebra el pueblo en los pascuales días,
bajo el toldo escuchó de una enramada
la repentina copla, modulada
al són de populares armonías;
quien vio, naciendo el sol, con planta loca
triscar, risueñas, por la verde grama
de la campiña, a la elegante dama
i a la zagala de sencilla toca;
quien la cabeza les ornó de flores
mientras en apagado cuchicheo
con tierno afán las requirió de amores;
quien bebió el néctar de sus labios rojos,
i la escondida llama del deseo
adivinó en la lumbre de sus ojos;
quien estrechó su talle peregrino
del valse en el ardiente remolino
o de la danza al voluptuoso encanto....
ése besó las orlas de tu manto,
ése ¡oh, Felicidad! libó tu vino.

***

Cerca del Lago, a la ciudad vecina,
pródiga en frutos, de su flora ufana,
está *Miriam:* estancia campesina

de los padres de Aurora.
Las palomas
adoran a la niña como hermana;
i en festivos coloquios, en amigas
confidencias, al sol de la mañana,
vienen del prado i de las altas lomas,
a picar en sus manos blandas migas,
dulces racimos i fragantes pomas;
o a mitigar con íntimo alborozo
la sed de Estío en taza reluciente,
colmada con la linfa de la fuente
que mana pura en el cercano pozo.
Mas siempre que a la rústica morada
vuelan desde la cumbre i la campiña,
hallan las aves a la hermosa niña
en silenciosa languidez postrada.
¿Por qué está siempre pensativa i grave
la joven reina de *Miriam?* ¿Quién sabe
de su honda i tenaz melancolía?
Ni ella, a intentarlo, descifrar podría
de su tristeza incógnita la clave.

Debajo de una ceiba, rica en flores,
que de la quinta rústica rebasa
extendiendo sus brazos protectores
por sobre los aleros de la casa,
la triste niña, a solas con su pena,
contempla distraída los reflejos
de aquella noche plácida i serena,
sin escuchar que cantan a lo lejos:
«No es noche de dormir: es *Nochebuena.*»

Tal vez retrae el pensamiento puro
i el curso evoca de sus muertos años,
sin que lleguen a alzarse a su conjuro
duda cruel ni rudos desengaños;
tal vez, de afecto i de ternura henchida,
el giro escruta de su edad presente,
i auras, entonces, susurrando siente,
auras de amor, de juventud, de vida.
Mas si se interna en la extensión medrosa
del futuro sin luz ¡cómo vacila
i se estremece, i por la faz de rosa
el llanto rueda de su azul pupila!
No sabe de la suerte que la espera,
mas el ignoto porvenir la espanta;
que en su alma de flor en primavera,
como en verde palmar ave agorera,
misterioso presagio se levanta.

Libres e indiferentes sus sentidos
de la vida exterior a los encantos,
siguieran en tenaz recogimiento,
si más precisos cada vez los cantos
alegres de la Pascua, en sus oídos
no repitiese con instancia el viento.
No es noche de dormir; i a los fulgores
con que borda el azul la noche bella,
vienen en pos de la gentil doncella
entusiastas parejas de cantores.

Yá asoman de *Miriam* por el sendero
que se dilata en caprichosa curva,

como ondulante lámina de acero,
desde la quinta a la ciudad.
La turba
de muchachas i mozos adelanta
con breve paso hacia el hogar de Aurora;
no es noche de dormir, i ríe i canta
al compás de la música sonora.

La niña, así, de su visión incierta
el soñador espíritu librando,
torna a vivir la realidad desnuda;
i con sus tiernos padres, en la puerta,
va a recibir al jubiloso bando
que en confusión ruidosa los saluda.
De insinuación cortés al eco blando
la turba el limen de la puerta pasa,
i va a sentarse en dilatada rueda
bajo el amplio dosel de la arboleda
que orna i cobija el patio de la casa.

La música, un instante interrumpida,
de nuevo al canto i al placer convida;
i en las alas del céfiro que sopla
por la campiña, gárrulo i sonoro,
surge i se extiende la primera copla,
que en unánime voz repite el coro.
Luégo: trovas de amor, blandas querellas
que alternan con el plácido estribillo,
improvisan galanes i doncellas;
i como el numen popular se inflama,
tras el cantar erótico i sencillo
se oye vibrar el cáustico epigrama.

*
* *

¡Qué profunda intención, qué poesía,
qué acervo de genial filosofía
encierran, pueblo amado, tus canciones!
Tus ensueños de amor, tus ilusiones,
tus dudas, tus sombríos desengaños,
tu aspiración de gloria, los extraños
confusos ideales de tu mente,
tu admiración por el que en ruda brega
surge de abajo i a la cima llega,
tu fe sencilla, tu esperanza ardiente,
Dios, la Patria, los héroes tutelares,
hechos, leyes, costumbres, tradiciones . . . .
todo vive i palpita en tus cantares.
Noble, sincero, franco, de alma inquieta,
de corazón altivo, en tus canciones
se refleja tu sér. ¡Salve, Poeta!

*
* *

Todo es júbilo el bando en la arboleda,
i grata animación todo respira;
Aurora, en tanto, pensativa i queda,
en torno suyo indiferente mira,
extraña a la alegría bullidora
que se dilata en derredor.
—¡Que cante,
– interrumpe una voz– que cante Aurora!
i el grupo todo secundó al instante:
—¡Que cante, sí!
La faz de nieve i rosa

cubrió con el pañuelo, ruborosa
i tímida la virgen; como un nudo
sintió que la garganta le oprimía;
mas el concurso repitió a porfía:
—¡Que cante Aurora! I resistir no pudo.
Como a los rayos de la luz postrera
que enciende el sol, cantiga lastimera
modula el turupial en la campiña,
así, tras breve silencioso rato,
atenta i dócil al gentil mandato,
con temerosa voz cantó la niña:

¡Adiós, Maracaibo hermoso,
relicario de mis penas,
quién sabe si volveré
a pisar estas arenas! (*)

Un hurra atronador, hurra de aliento,
explosión de entusiasmo i de alegría,
siguió de Aurora al peregrino acento,
en tanto que turbaba mi contento
súbita i singular melancolía.

Vosotros los que visteis desde el puente
de la nave que zarpa – peregrinos
de mi tierra natal – en el muriente
nácar de los celajes vespertinos
el día desmayar; i a la distancia,
tocado de invisibles esfuminos,

(*) Popular.

visteis el puerto, el cocotal, la estancia
en donde os llora vuestra amada gente,
las altas chimeneas, las techumbres,
la silueta del viejo campanario,
confundirse, borrarse lentamente;
hasta que extintas las fugaces lumbres
que despide la tarde soñadora
en las cimas del monte solitario,
todo, envuelto en el lúgubre sudario
de la callada noche, se evapora . . . .
vosotros los que oisteis los cantares
con que el marino en tan doliente hora
su adiós envía a los nativos lares;
vosotros comprendéis por qué en la calma
de aquella noche transparente i pura,
cuando Aurora cantó, sentí mi alma
llena de melancólica ternura.

¿Por qué ese canto lastimero i triste
pone la niña en su purpúrea boca,
cuando el placer en derredor la asiste?
Aquella estrofa, cristalino vaso
que brinda hiel a quien sus bordes toca,
¿se la inspiró la pena, o fue al acaso
traída al labio por la mente loca?

Era la voz del alma: era el obscuro
i enmascarado aviso de la suerte,
que le anunciaba un mál, un mál futuro,
quizá más espantoso que la muerte.

. . . .

***

¡Ai! yo la hallé de nuevo en mi camino,
casi rendida por mortal desmayo,
cuando con ciega cólera el destino
sobre ella fulminó su ardiente rayo.
¡Ai! yo la hallé de nuevo.... Era otro día
en que la augusta catedral cristiana
llamando a la oración, vibrar hacía
en lo alto de la torre la campana.
La música lanzaba sus rumores
por la ciudad; i en vivos ramilletes
de lágrimas i estrellas de colores,
rompían por el aire los cohetes.
La casta luna, cual radiante broche,
en luz bañaba el ámbito rotundo:
era una noche igual a aquella noche
que vio en Belén al Redentor del mundo.

No era la niña yá blanca i hermosa
en cuyas manos de marfil i rosa
las aves distrajeron su fatiga,
mitigaron su sed con linfa pura
i picaron voraces la madura
poma del huerto i la dorada espiga.
Nó su belleza yá, marchita i lasa,
cantaba el pueblo en bulliciosa rueda
bajo el amplio dosel de la arboleda
que el patio adorna de la agreste casa.
La vi pasar: la faz descolorida,
el paso lento, turbia la mirada,
rotas las ilusiones de su vida,

de severos gendarmes rodeada
i por curiosa multitud seguida.
¿A dónde marcha, al límpido reflejo
de la plácida noche? ¿Por qué llora?
¿Por qué la sigue i la vigila ahora
lúgubre i pertinaz ese cortejo?
De contagioso mál germen impuro
le inficionó la sangre purpurina,
como en un tiempo a Job; i bajo el duro
mandato de la Lei, triste camina,
silente, desolada, prisionera,
hacia el puerto fatal: allí la espera,
yá próxima a partir, siniestra nave;
tal como aquella que en la faz sombría
de las estigias aguas, mudo i grave,
rige Caronte i al infierno guía.

Yá pone el pie sobre la nave obscura,
i llévanla ¡infeliz! a cautiverio
en solitaria Isla. ¿Quién alcanza
a consolar su horrible desventura?
La Ciencia i la Piedad en noble alianza
se estrellaron allí contra el misterio
de ese mál sin consuelo ni esperanza.

¡Ai! De esa Isla solitaria i triste
no se vuelve jamás: no está distante
de la ciudad; mas, símbolo de muerte,
de lágrimas i horrores, en el fuerte
muro del hospital grabada existe
la sentencia terrífica de Dante.

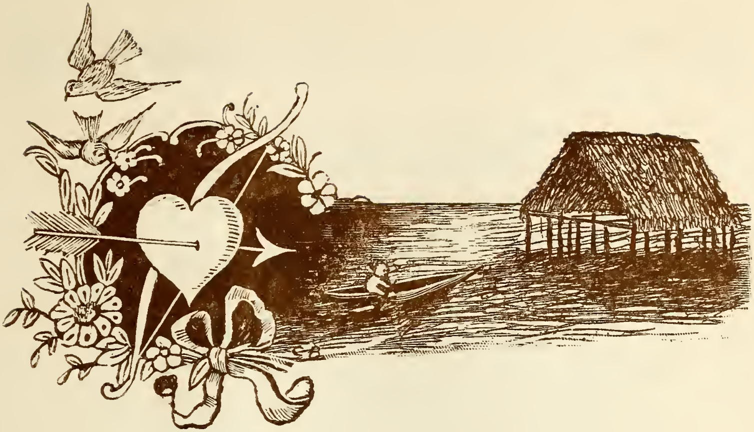
¡Va para no volver! . . . . Acaso Aurora,
mientras divisa en el sereno manto
de la alta noche la ciudad envuelta;
mientras se pierde a la distancia el santo
refugio del hogar, la palma esbelta,
las techumbres, la torre soñadora
del viejo templo colonial . . . . añora
aquel «adiós» de desencanto lleno,
que en horas de placer i de alegría,
brotó como un sollozo de su seno
i cubrió de tristeza el alma mía . . . .

¡Va para no volver! . . . . I mientras lucha
con su invencible sufrimiento, a solas,
sordo rumor de la ciudad escucha
que le llevan los vientos i las olas.
Es la voz del placer que se levanta
i los humanos corazones llena;
es la aturdida multitud que canta:
«No es noche de dormir: es *Nochebuena.*»

\- 1901 -

LA VENGANZA DE YAUREPARA

A Rufino Blanco Fombona



La Venganza de Yaurepara

–Poema indiano–

Premio de verso del segundo certamen de "El Cojo Ilustrado."

De los andinos montes, de la cumbre
inaccesible i rústica de Itotos,
que lanza en gigantesca muchedumbre
sus índices de piedra a los ignotos
abismos de la luz, limpios raudales
tejen sereno i tortuoso río,
que dilata entre espumas sus cristales,
se lanza al bosque, de manglar sombrío
bajo el amplio dosel el cauce tiende,
i de las linfas con el eco vago
arrullando su marcha, el curso emprende,
abrazando sus islas, hasta el Lago.
Es el Sucui, el plácido Maconte,

cual le llamaba el indio en otros días,
cuando en el hondo valle, al pie del monte
i en las vegas alzó sus rancherías.

Los verdes mangles, cuyas ricas frondas
se miran de la luz a los reflejos
en el cristal movible de las ondas,
que fingen al pasar vivos espejos,
avanzan sus raíces entre espartos,
lianas i mimbres, en las dulces aguas,
i abrigan en sus troncos los lagartos
i en sus obscuros huecos las macaguas.
Parásitas silvestres en la altura
inciensan i engalanan la espesura,
de cuyo seno hermoso i florecido
se elevan sin cesar rumores suaves,
cual si fuese el boscaje entretejido
inmenso armonio de celestes claves.

Son el variado i múltiple concento
con que se aplacen las canoras aves
de arpado pico i de vistosa pluma;
son las notas dulcísonas del viento
que improvisa laúdes en las hojas;
son las flores que se abren; son las rojas
cortezas del manglar que se desprenden
i que al rodar sobre la blanca espuma,
los níveos copos con su tinta encienden;
son los insectos mil de mil colores
que bullen revolando entre el ramaje,
en derredor de las tempranas flores;

son las voces de amor, el homenaje
con que Naturaleza, complacida,
saluda el paso del raudal sereno,
que avanza, de algas i de conchas lleno,
alzando en torno animación i vida.

Sólo cuando la luz del mediodía
con sus fúlgidos rayos atraviesa
las galas del boscaje, i como un horno
arde el espacio, i en la selva umbría,
en la hondonada i en el llano pesa
cual una losa el cálido bochorno . . . .
se extingue la armonía, el canto cesa
que levanta el manglar en el contorno.
El soto entonces duerme; el ave oculta
su pico bajo el ala; calla el viento;
la flor se pliega en la enramada inculta;
se aletarga el reptil; con hondo aliento
la jadeante res busca las frondas;
se asolea el caimán en las barrancas,
i en los remansos de placibles ondas
refrescan su plumón las garzas blancas.

Así, por entre espléndidos verdores,
bajo el encanto agreste i peregrino
de paisajes, aromas i rumores,
sigue el Sucui su gárrulo camino;
i yá distante de la enhiesta cuna
i próximo al final de su carrera,
dilata en ancho cerco la ribera
formando con sus linfas *La Laguna*.

¡Cuadro de luz, risueño panorama,
en cuyo marco de verdor eterno,
naturaleza pródiga derrama
la inagotable copia de su cuerno!
Cortando a trechos el manglar tupido,
do se confunden los bramidos roncos
de toros padres i de tigres fieros,
de la perquisa el trémulo alarido,
el golpe de las hachas en los troncos
i el canto de los pájaros parleros,
agitan sus penachos de esmeralda
al soplo del terral los cocoteros;
i entre el alto juncal de verde falda,
por las risueñas márgenes de El Caño
que al pueblo humilde su corriente lleva,
a vista del pastor pace el rebaño,
el can vigila i el corcel se abreva.

I son de ver, como flotantes nidos
que arrojó sobre el agua tembladora
el ábrego otoñal de furia lleno,
los caneyes indianos suspendidos
por estacas de ceibo i de mopora
de *La Laguna* en el tranquilo seno.
Palmas los techos son de las cabañas
i pleitas de carrizo las paredes,
por do luciendo al sol formas extrañas
trepadoras en flor tienden sus redes.
Atados a los puentes i a las cañas
con guascas retorcidas i bejucos,
alzan del agua las obscuras proas,

cual negros cocodrilos, los cayucos,
cual cetáceos enormes, las canoas.
I cuando corta las dormidas aguas,
enturbiando el espejo transparente,
buque sombrío de rugientes fraguas,
de ronco silbo i de penacho ardiente,
se divisan, en grupos, en los ranchos,
de puerta i reja por los huecos anchos,
rostros curiosos de cobriza gente.
Son indios de una tribu, los Onotos,
de extrañas leyes, de costumbres raras,
que en tiempos yá olvidados por remotos
llevó hasta allí sus múltiples curiaras.
Amante de la caza i pescadora,
apenas levantó sus rancherías,
escudriñó el Sucui i fue Señora
de los pesqueros i la selva umbría.

Lindas guarichas, por el sol tostadas,
prodigios de belleza a la redonda,
se ven, como palomas en bandadas,
cruzar risueñas la azulina onda:
ornado de sus gracias el tesoro
con chumbes de algodón abigarradas,
collares de coral i ajorcas de oro;
o yá tejiendo siras de colores,
chinchorros de magüei, verdes jicritos,
o al són de papayeros i tambores
danzando en los nocturnos areítos.
En tanto, van sobre ligeras naves
indios armados de carcaj i flecha,

acechando los peces en los suaves
remansos i en las márgenes vecinas
por do el blando Sucui sus aguas echa
del Lago entre las ondas cristalinas;
o allá por entre mangles seculares,
que el ave cruza en caprichosos giros,
se lanzan tras de ciervos i jaguares,
lapas robustas i ágiles tapiros.
I a los límpidos rayos de la luna,
de diciembre en las noches apacibles,
es verlos del caimán en la batida
sobre pendas velar en *La Laguna*,
el chaco levantar, i los horribles
monstruos coger, con riesgo de la vida.

De esa tribu es Irúa, la paloma,
que así la llama en su expresivo idioma
el indio del Sucui, porque tiene élla,
cual la paloma del boscaje bella,
los labios de carmín, blando el aliento,
negros los ojos, el color obscuro,
i es como arrullo de torcaz su acento.
Hija del valeroso Parajuro,
—de Parajuro el de la guaica fuerte—
cacique de la tribu, i de Iguaraya,
—a quien un día venenosa raya
penetrando en la huta hirió de muerte—
no hai indio en el lugar que ante la linda
torcaz no sienta el corazón inquieto
con ímpetu latir, i no le rinda
gaje de admiración i de respeto.

Siempre que Irúa, cuando el limpio rayo
se levanta del sol, tras las palmeras,
en su cayuco, a impulsos del pagayo,
de mariscos en pos va a las riberas;
los grupos de los indios pescadores
supenden sus tareas, i, a porfía,
le dan pintados peces, ricas flores
i conchas de color de peonía.
I aquellos que a los bosques solitarios
fueron de caza i a lejanas lomas,
trajéronle, al volver, tordos, canarios,
turpiales, tucusitos i palomas;
ora una extraña flor de tintes rojos,
ora un paujil de quejumbroso silbo,
una corzuela de azorados ojos,
o un mono juguetón de pelo jilbo.
I los viejos vehiques, los mojanes,
de huraño rostro que el placer no alegra,
le ofrecen amuletos de caimanes
para librarla de la *sierpe negra*.

Más de un noble doncel del pueblo indiano
le mostró de su amor el fuego puro;
más de un rico galán pidió la mano
de la doncella al indio Parajuro.
¡Cuántos por élla en la vecina playa
lanzaron a Amariba su conjuro
o invocaron la sombra de Iguaraya!
¡Cuántos por élla tras el frágil muro
del templo de Yarfá, de amores ciegos,
interpretar quisieron lo futuro! . . . .

Mas a ofertas, a lágrimas, a ruegos,
de Irúa el corazón fue mármol duro:
que a tánto afecto i pertinaz porfía,
en suave acento sí, pero seguro,
«*¡No puedo amar!*» la virgen respondía.

I todos, a la postre, resignados
de la virgen indiana a los rigores,
cambiaron de ideal en sus amores,
o a las rudas faenas entregados
distrajeron sus íntimos dolores.
Sólo el apuesto Yaurepara, el hijo
del vehique Poró, no olvida a Irúa;
i en su amoroso pensamiento fijo,
de la doncella ante el rigor prolijo
ni se dobla cobarde ni fluctúa.
Por alcanzar su anhelo, Yaurepara,
haciendo alarde de valor i brío,
sin armas se lanzó de la curiara
a cazar los caimanes en el río;
víboras encantó, que con donaire
puso a los pies de la doncella esquiva;
de las cuevas lejanas trajo viva,
robusta yá, la prole del caraire,
i con su flecha de acerada púa
al ave incauta sorprendió en el aire;
mas tánta habilidad, tánto denuedo,
en boca hallaron de la bella Irúa
siempre la misma frase: «*¡Amar no puedo!*»

***

Cuando todo es amor: cuando en el río

las ramas empapadas de rocío
se inclinan sobre el agua bullidora;
cuando esponjan las flores sus capullos
al beso de la tarde o de la aurora,
i hai en la fronda música de arrullos;
cuando vibran los gérmenes dormidos
i brotan por doquiera los renuevos,
i hai estremecimientos en los nidos
i misteriosos píos en los huevos;
cuando bajo la tierra i en la rama
despiertan los insectos, i derrama
savia sutil el bosque corpulento;
cuando se escucha entre la verde grama
del toro en celo el bramador acento;
cuando los peces en su azul palacio
se buscan con afán; i el manso viento
que aromas ricos del manglar recibe,
i la onda, i la luz, i el panorama
del cielo siempre azul, i cuanto vive
en el agua, en la tierra, en el espacio,
todo convida amar i todo ama;
cuando en la ranchería, en las sonoras
linfas, en los pesqueros, encendido
el rostro, las pupilas como llama,
vagar se ven parejas soñadoras,
¿sólo Irúa la bella, indiferente
al concierto de amor, no habrá rendido
al dulce yugo la virgínea frente?

Siempre que el sol tras el confín lejano,
huyendo de la sombra, se guarece,

que asciende por el bosque desde el llano;
cuando, esquiva la luna, el pardo velo
que dilata la nube entenebrece
la ruta de los astros en el cielo;
cuando tiembla tan sólo en los manglares,
rápida exhalación, la luz dudosa
de algún cocuyo; i vuelve a sus hogares
la indiana tribu, i a placer reposa:
de una mujer la pálida silueta
apenas en la sombra se divisa,
que en débil nave, sigilosa, inquieta,
los ranchos deja atrás, bogando a prisa....
¿Quién es? ¿A dónde va?....

De aspecto extraño,
abandonado, lúgubre, campea
junto a la Boca del dormido Caño
viejo canei de retostada enea.
En esas horas en que apenas brilla
luciérnaga fugaz de lumbre tarda,
blanco doncel de la cercana villa
allí a la hija del piaimán aguarda:
nadie en la tribu ni en el pueblo sabe
de aquellas dulces, misteriosas citas,
en que al amparo de la noche grave,
los dos amantes en la choza obscura
se refieren sus ansias i sus cuitas,
su mutua fe, sus sueños de ventura.

Mas una vez en su gentil curiara,
por la mansa *Laguna*, pensativo,

se abandona a sus duelos Yaurepara:
piensa en la esquiva Irúa, en el motivo
de su imposible amor . . . . i la corriente,
bajo el sordo rumor de la marea,
va arrastrando el esquife lentamente
en vago curso hacia el canei de enea;
i se acorta i se estrecha la distancia,
i en alas de los céfiros veloces
llegan a él de la medrosa estancia
ecos dolientes de apagadas voces.
Levanta Yaurepara, sorprendido,
la faz cobriza, i el sonoro viento
vuelve a traer los ecos a su oído.
«¿Quién puede ser?» murmura en bajo acento,
«¿quién puede estar allí? . . . . Nadie hasta ahora
vino al canei abandonado i triste.»
I como extraña duda le devora,
se dirige en silencio a la mopora
que junto al rancho solitario existe.

Llega, i asciende por la antigua palma,
trémulo el corazón, inquieta el alma;
i como el puma con mañero tino
aparta las malezas del camino
por descubrir mejor la presa ansiada,
el indio astuto la pared descombra
i dirige curiosa la mirada
del rancho a lo interior; mas mira en vano:
nada descubre, nada ve; la sombra
llena el recinto del canei indiano.
Oye, en cambio, una voz . . . . i, de repente,

le punza el corazón rencor insano
i se le anubla de dolor la frente.
Es de Irúa la voz, vibrante i clara,
que en el hondo misterio del bohío
murmura con tristeza: «Español mío,
te adoro, sí, mas temo a Yaurepara.»
I, con acento de aprensión sombría,
cuéntale Irúa que al nacer el día
dos blancas aves de apacible vuelo
atravesaban la región vacía
bajo la rica púrpura del cielo;
que rapaz gavilán robó la una,
i que la otra, por la flecha herida
del hijo de Poró, de *La Laguna*
sobre el terso cristal cayó sin vida.

No dice más .... Enardecido, fiero,
arrojando al espacio su coroza,
de cólera en señal, salta ligero
el indio desdeñado, i, yá en la choza,
ruge: «¡Soi yo! ¡Se cumplirá el agüero!»
I fue sangriento i espantoso el drama
entre las sombras de la estancia estrecha:
una mujer que de rodillas clama ....
dos hombres que se odian .... una flecha
que da en el corazón .... un cuerpo inerte
que, cual tronchado ceibo, se desploma ....
i atada, en hombros del indiano fuerte,
la bella Irúa, la torcaz paloma.
Luégo .... los dos en la curiara; luégo ....
naciente lumbre en el canei de enea,

que al fin creciendo en pavoroso fuego
por carrizos i palmas señorea.
El incendio está allí: de enojo ciego,
trocó la choza en dilatada pira
Yaurepara cruel, i ve la choza
rápida arder, i silencioso mira
cuál cunde el fuego i en su horror se goza.
En torcida espiral el humo sube
toldando el cielo con siniestra nube;
se extienden por doquier lenguas de llama
con impulso voraz, i a los reflejos
que la siniestra claridad derrama,
los ranchos i el manglar brillan al lejos....
Después.... el fuego su furor serena;
i el viento, que callado se desliza,
halla al final de la terrible escena
troncos en ignición, humo i ceniza.

«¿Aun no puedes amar?» con ronco acento
dice entonces a Irúa el indio huraño:
«¿aun no puedes amar?.... ¡India, lo siento;
pero mía serás!....»

I en sesgos giros,
sobre la fiel curiara, por El Caño,
se lleva a Irúa a tierra de guajiros.

– 1903 –

VENCIDA

A Andrés Mata

Vencida

La débil claridad de un sol de ocaso
que entre nubes de púrpura riela,
pone su brillo escaso
en los muros de antigua callejuela;
i cual doliente augurio,
de mísera aflicción a ser testigo,
entra por el postigo
de la estrecha ventana de un tugurio.

Lúgubre cuadro con su luz menguada
alumbra en ese hogar el sol remoto:

Tapizan la pared desencalada
resíduos de papel impreso i roto.
Cual amplias bocas, en el frágil techo
cuyas palmas diezmó soplo bravío,

las rendijas se ven de trecho en trecho
que abrió la lluvia en la estación del frío.
Por el ruinoso alero de la casa
i por las hendiduras de la puerta
el viento de la tarde aullando pasa;
i abandonando los ocultos nidos,
de negros vespertilios ronda incierta
se cuelga de los techos carcomidos
o con el ala membranosa abierta
llena la estancia de medrosos ruídos.
Sobre parda repisa de madera,
por el aceite henchido
que brinda el fruto de vivaz palmera,
vaso de vidrio en cuyo seno vaga
el corcho de un mechero suspendido,
sirve en la sala a modo de bujía
cuando la luz crepuscular se apaga
i el manto de la noche envuelve al día.
Un eucologio de perfil obscuro
yace en tosco mesón, junto a un rosario;
i encima del mesón, clavado al muro,
el lienzo en que un pincel copió, inseguro,
la tragedia sublime del Calvario.
En un rincón, abandonada i rota,
está la jaula de herrumbroso alambre,
donde, al caer vencido por el hambre,
lanzó un canario su postrera nota;
i junto al viejo i arcilloso jarro
que ostentaba en la reja seductoras
rosas de abril en rica muchedumbre,
se ve el anafe de cocido barro

donde, por largas horas,
faltó el puchero, escaseó la lumbre.
Completan el exiguo
ajuar humilde del tugurio estrecho,
por solo asiento un butacón antiguo
i un pajizo jergón por todo lecho.
Sobre la paja del jergón, tendido,
la faz enjuta, estertoroso el pecho,
por invasora invalidez herido,
el Señor de ese hogar, casi un anciano,
hambriento, inmóvil como estatua inerte,
yá ni protesta ni murmura en vano
de su destino contra el golpe fuerte.
Ántes espera resignado i mudo
el momento cercano
en que el ángel piadoso de la muerte
de su vida infeliz desate el nudo,
i pueda entonces reposar tranquilo,
lejos, mui lejos del combate rudo
de la existencia, en el postrer asilo.

En tanto una mujer joven i bella,
en cuya limpia faz de nieve i rosa
lucha la vida por borrar la huella
profunda i lastimosa
que el insomnio tenaz estampó en ella;
húmeda la pupila, en cuyo fondo
de indefinible transparencia lleno
se refleja un dolor intenso i hondo;
abatida la barba sobre el seno
abultado i redondo,

como un capullo en la estación riente,
i desatado en torno de la frente
el haz de luz de su cabello blondo;
con paso cada vez menos seguro
recorre inquieta el lúgubre recinto,
mientras al rayo puro
de la lumbre del sol, yá casi extinto,
se bosqueja su sombra sobre el muro.

Ahóra, de repente,
detiene el paso, del jergón en frente;
mira con tristes ojos al anciano,
se acerca a él, recoge en su pañuelo
con temblorosa mano
el copioso sudor, sudor de hielo
que humedece la faz del moribundo,
i con amor profundo,
le acaricia, le besa como loca,
cual si quisiera restituirle al mundo
con los cálidos besos de su boca.
Ahóra se arrodilla,
por olvidar su duelo i sus agravios,
junto al mesón, frente a la Cruz sencilla;
mas cuando intenta orar, ve con angustia
que huyen las preces de sus yertos labios,
i que del libro abierto de oraciones
en donde clava la pupila mustia,
se mezclan i confunden los renglones.

I se alza, i vuelve con afán insano
la sala a recorrer; i a veces mira

i se acerca al rincón donde su mano,
después que lo estrujó, lanzó con ira
el seductor billete,
do el dueño del taller en que ganaba
pobre salario en ímprobas labores,
le dice su pasión ardiente i brava
por centésima vez, i le promete
dicha i fortuna a trueque de favores.

Recoge al fin la carta lisonjera,
i el vil contacto por su sér derrama
frío mortal, cual si el mensaje fuera
reptil inmundo de viscosa escama.
Tiembla, la abre otra vez, lee de nuevo,
del sol de ocaso a la dudosa llama,
las promesas venales del mancebo;
un instante no más, sólo un instante
piensa que al padre hambriento i moribundo
puede salvar la bolsa de un amante;
siente, al sólo pensarlo, horror profundo,
púdico fuego a su semblante asoma,
lanza un gemido ahogado i lastimero,
dirige en torno la mirada incierta
con miedo de sí misma, i se desploma
sobre el antiguo butacón de cuero
murmurando al caer: —¡Primero muerta!—

El llanto que desborda
de su pupila, en abundante vena,
calma su lucha sorda,

su exaltación febril, mas nó su pena;
i por huir, acaso, los enojos
con que la realidad le hiere el alma,
hundida en el sillón, cierra los ojos,
quedando en muda i aparente calma.
Calma aparente, sí. La sin ventura
los párpados de rosa en vano cierra;
olvido en vano a su aflicción procura;
que como se levantan de la tierra
i pasan bajo el sol, en luz mortuoria,
las nubes de occidente;
del fondo ve surgir de la memoria
i desfilar por su abatida mente,
tras la visión riente
de su pasado bién, la ingrata historia
de su miseria i su dolor presente.
¡Ai! que el recuerdo punzador, verdugo
del alma adolorida,
siempre la copa hinchió de amargo jugo
al triste corazón, siempre le plugo
mover la llaga i lastimar la herida.

Aunque jamás en su escondida estancia
el cuerno derramó de la abundancia,
propicia la Fortuna;
i, presa de mortal agotamiento,
su madre infortunada, al darle aliento,
huérfana i sola la dejó en la cuna;
en dulce medianía,
tranquila el alma, el corazón contento,
bajo el abrigo paternal vivía.

¡Qué era verla salir, regocijada,
del amoroso padre en compañíía,
al descoger sus velos la alborada
bajo la pompa del naciente día:
élla al taller, donde en cuidado sumo
la industria pliega la aromada hoja,
cuyo aliento fugaz sorbe i arroja
el vicio humano en espirales de humo;
i a la fábrica él, donde en ingrata
labor, de pies sobre el andamio duro,
construye la soberbia columnata,
decora el capitel o yergue el muro!
¡Qué era verlos volver, tras las fatigas
del diario batallar, en dulce lazo
i pláticas amigas,
la faz radiante de hermosura élla,
él oprimiendo con orgullo el brazo
de la núbil doncella!

¡Qué era verla después, ágil, activa,
darse al hogar en múltiple faena,
mientras el padre a reposar se iba:
hacer la lumbre, aderezar la cena,
el polvo sacudir que se derrama
por las paredes i el ajuar modesto,
zurcir la ropa, armonizar la cama,
desprender del rosal la inútil rama
i refrescar el florecido tiesto!

I era de verla en las festivas horas
que el salvador trabajo al ocio deja,

ostentando sus gracias seductoras
entre rosas de abril, tras de la reja.
Allí en silencio deleitoso i blando
dejaba errar su libre fantasía,
de gratas ilusiones tras el bando
fugitivo i risueño;
o ya cantaba como alondra, i cuando
resonaba su canto de alegría,
con amoroso empeño
el canario en la jaula respondía
al dulce ritmo de su dulce dueño.

Mas no siempre fue así. Con repentino
i formidable golpe, en duelo i llanto
la dicha de ese hogar trocó el destino.
Honda aflicción, indescriptible espanto
subió a la faz de la doncella hermosa,
le oprimió el alma, cuando a herirla vino
la nuéva inesperada i dolorosa.
¿Qué supo? . . . ¿qué pasó? . . . Sobre un madero
del enhiesto andamiaje, suspendido,
una mañana el infeliz obrero
sintióse presa de traidor vahido:
punzadas mil, cual ásperos abrojos,
le asaltaron la frente i el oído;
frío sudor en desbordado exceso
su cuerpo humedeció; vapores rojos
vio alzarse en torno suyo, i el espeso
purpúreo manto ensombreció sus ojos.
Auxilio fue a pedir i hablar no pudo,
cual si oprimiera entonces su garganta

de invisible cordel estrecho nudo;
sobre el andamio vaciló su planta;
las manos extendió de aliento falto
buscando en derredor seguro apoyo;
desvanecióse al fin, i de lo alto
cayó precipitado en el arroyo . . . .

Lentas, abrumadoras,
de insomnio, de inquietud i de agonía,
en el mísero hogar fueron las horas
que sucedieron al infausto día.
Horas de amarga incertidumbre i pena
para la joven cariñosa i buena,
que se desvive en velador cuidado
entre las garras de enemiga suerte;
i de angustia i dolor para el cuitado
en cuyo corazón, tras lid reñida,
al fatídico avance de la muerte
cercana está la rota de la vida.

Redobló en el taller la niña hermosa
su laborioso afán, porque su mano
lograr pudiera en la fatiga honrosa
pan i salud al desvalido anciano.
Verdad que sus mejillas,
por la ruda faena, iban tomando
el color de las hojas amarillas;
verdad también que de sus labios rojos
se apagaba el clavel de aroma blando
i se mustiaban de llorar sus ojos;

mas siempre, como el ave que hasta el nido
migas i paja en el rigor de invierno
lleva al polluelo exhausto i aterido,
llevó la joven al hogar paterno
para el anciano hambriento i desvalido
la saludable droga i el pan tierno.

Yá no curaba la infeliz doncella
más que del padre enfermo i sin ventura:
¿qué se le daba a ella
que agostase el dolor con ruda huella
la flor primaveral de su hermosura?
Mas le importaba, sí, su honrado nombre,
de su virtud la esplendorosa estrella . . . .
¡I el engreído seductor, el hombre
que le hablaba de amor, ciego i liviano,
cuando la vio desamparada i sola
quiso apagar su cándida aureola
i arrojarla del vicio en el pantano!

I revolvióse la doncella honrada
contra la infame insinuación. Sabía
que a su repulsa airada,
desde ese mismo día
ni pan, ni abrigo, ni salud, ni nada
para su padre mísero tendría.
Pero olvidó su duelo, su penuria;
se irguió contra los golpes del destino;
protesta de honradez, verbo de injuria
a la faz arrojó del libertino.

I salió del taller, torpe morada
donde era yá deshonra hasta el ambiente;
salió, sí, con el alma lacerada,
mas pura como el cielo la mirada
i con nimbo de luz sobre la frente.

Salió . . . . mas aunque entonces escudriña
uno i otro taller, i acude al ruego,
ni encuentra al pronto ni consigue luégo
un mísero jornal la casta niña.
El liviano amador con hábil traza
al generoso intento se oponía,
i acorralada la infeliz, gemía
con doloroso afán, como en la caza
corza que estrecha la feroz jauría.
¡Cuántas del mundo en la infamante feria,
en donde el vicio ruin medra a destajo,
viven, como esa niña, en la miseria,
con su honradez por cruz i sin trabajo!

Después que así, tras la angustiosa prueba,
la pobre niña de cabello blondo
se halló privada del trabajo honesto,
fue al *Monte de Piedad*, profunda cueva
de obscuras fauces, i en el negro fondo
echó las prendas del ajuar modesto.
Acudió a la amistad, a los testigos
de su honradez i su pobreza, en vano:
¡oh, Caridad! ¡oh, corazón humano!
¿tiene en el mundo la miseria amigos?

Para el enfermo, al fin, mal de su grado,
llamó a la puerta del hospicio un día;
mas no encontró refugio al desdichado,
que el hospicio tenía
el número de enfermos limitado.
I entretanto moría
el padre en el estrecho
i lúgubre tugurio, sobre el lecho,
como en la jaula de torcido alambre
murió el canario: de tristeza i hambre.

Astuto el seductor, cual fiera hircana
que el hambre insta en la montaña espesa,
atisba la ocasión, lucha i se afana
por alcanzar la codiciada presa.
Uno tras otro tentador mensaje
manda a la niña, de impaciencia lleno,
ocultando en las mieles del lenguaje
de su salaz propósito el veneno.
Más de una vez a innoble Celestina
por digno heraldo de sus ansias toma,
i aquella miserable se encamina
al hogar de la virgen inocente,
como va la serpiente
al nido de la cándida paloma.

Así llegó la tarde en que al escaso
reflejo de las tintas del ocaso,
a solas con sus llanto i sus dolores,
leyó la virgen el postrer billete

en que el ardor del sátiro promete
dicha i fortuna a trueque de favores.
Junto al lecho de muerte del anciano
el pliego estruja entre la blanca mano,
mientras pasa i repasa en la memoria
de su vivir la accidentada historia.
Luégo, a la dura realidad despierta;
con repentino impulso se levanta;
i cuando, altiva, aunque sangrando el pecho,
va otra vez a exclamar:–¡Primero, muerta!–
un –¡Tengo hambre, Leonor!– salió del lecho
i apagó su protesta en la garganta.

Al congojoso acento
del padre moribundo,
vio la niña rodar, nublado el mundo,
hacia un caos de horror su pensamiento;
i mientras todo en derredor veía
girar, girar, con giro turbulento,
murmuraba Leonor:–¡Hambriento! ¡Hambriento!
¡I se muere, ai de mí, por culpa mía! . . . .

El vértigo siguió! Sonrisa fiera
contrajo de la virgen el semblante;
se alisó la ondulante
cascada de su blonda cabellera;
besó al enfermo débil, expirante,
i musitó después: –¡Espéra, espéra:
tendrás pan i salud!–
En ese instante,
como un reproche, el último reflejo

se extinguió de la luz: era un reproche
del cielo a la mujer.... El pobre viejo,
quedó solo i envuelto en el cortejo
de las obscuras sombras de la noche....

Derramaba la luna en el silente
espacio de sus luces el tesoro,
cuando volvió Leonor, casi demente,
con un puñado de oro....
mas sin nimbo de luz sobre la frente.
Al lecho se acercó con paso incierto,
–¡Aquí hai pan! ¡Aquí hai luz!– diciendo en vano.
De la fúnebre estancia en el desierto
nadie le respondió; tendió la mano
sobre el duro jergón i halló al anciano
rígido i sin calor. ¡Estaba muerto!

¡Muerto!.... I por él no más cayó vencida
de inicuo seductor entre los brazos!
¡Su padre, su virtud! ¡Su doble egida!
¡I estaba aquél sin vida!
¡I estaba su virtud hecha pedazos!

No dijo más: con retintín sonoro
rodaron sobre el tosco pavimento
en rauda confusión las piezas de oro;
i en el callado i lóbrego aposento
fingían, de Leonor a la mirada,
lucecillas de fósforo sangriento.

Después.... Leonor, con faz desencajada,
giró sobre el metal; ahogado acento
dejó escapar de su marchita boca;
i lanzando siniestra carcajada,
que con lúgubre són dilató el viento,
abandonó el hogar....
¡Estaba loca!

– 1905 –

POR EL CAMPO FLORIDO....

A Pedro Fortoult Hurtado

Por el campo florido. . . .

TORNO a espaciar la soñadora mente
por los floridos cármenes que un día
hinchieron con su encanto i su alegría
mi ingenuo corazón de adolescente.

De nuevo surgen, cual visión riente,
la senda, la majada, la alquería,
i oigo otra vez la plácida armonía
de la brisa, del ave i de la fuente.

Miro la grei, del campo en la verdura;
la mies granada, orillas del sendero;
la estéril loma, la feraz llanura. . . .

I bañándolo todo en el reguero
luminoso i vivaz de su hermosura,
la dulce imagen de mi amor primero.

I

Bajo la noche azul, como de estío,
florecida de pétalos de plata,
trotando va la inquieta cabalgata
hacia el rústico i bello caserío.

La blanca senda entre el boscaje umbrío
cual un crótalo enorme se dilata;
finge el viento una lira en cada mata,
i rumorea sin cesar el río.

En alas de los céfiros veloces
vibran suspiros, músicas i voces,
sonoras risas i batir de palmas.

I sobre la campestre romería
pasa un soplo de amor i de alegría,
que estremece los cuerpos i las almas.

II

El alba, como trémula sonrisa,
surgiendo por encima de la aldea,
avanza con impulsos de marea
i los contornos de la sombra irisa.

Abre la flor, arómase la brisa,
bullen los nidos, el follaje ondea,
i, gladiador vencido en la pelea,
la noche allá repliégase sumisa.

El sol se yergue en la distante curva
del horizonte; la risueña turba
admirando la luz aplaude en coro.

Yo, más feliz que todos, me extasío
contemplando otro sol, que al lado mío
descoge en triunfo sus cabellos de oro.

III

Vibra su acento gárrulo en mi oído
con armonías de celeste clave,
i mi pecho, a su voz, que es trino de ave,
acelera el compás de su latido.

–¡Míra!– me dice, al contemplar un nido
que agita el viento como débil nave,
i sonriendo, hacia el columpio suave
tiende la mano de marfil pulido.

Asciendo entre bejucos montaraces
del nido en pos; dos tímidas torcaces
traigo al volver de las cercanas lomas.

I al cobijarlas su jubón de armiño,
paréceme escuchar bajo el corpiño
en arrullo de amor cuatro palomas.

IV

Por entre sotos, lomas i sembrados,
baja la turba a la tranquila aldea,
cuando el disco del sol, cual roja tea,
incendia montes i marchita prados.

En la sombra pastores i ganados
la llama esquivan de la luz febea,
i algún gañán dejando su tarea,
nos ve pasar, con ojos azorados.

Indócil al rigor de espuela i freno,
más de un corcel en la ardorosa vía
tiene la marcha, de cansancio lleno.

El aire hierve en inflamadas olas,
i miente el rostro de la amada mía
un campo en flor de lirios i amapolas.

V

Como rebaño juguetón de ovejas
cuando, abierto el redil, se desparrama,
en trisca van por la menuda grama
del huerto florecido las parejas.

Quiénes se arrullan con amantes quejas
o hacen del césped improvisa cama;
quiénes le hurtan a la verde rama
jazmines en botón, rosas bermejas.

Llenan todos, en grato desvarío,
bajo el cielo apacible de la tarde,
con su risa i su charla el huerto umbrío.

Tú junto a «élla», ¡corazón cobarde!
dudas i tiemblas, sin que al labio mío
el fuego suba que en tus senos arde.

VI

Tras los bejucos de matices rojos
que suben por la reja en sesgo giro,
destella de sus ojos el zafiro,
tiembla la red de sus cabellos flojos.

La miro a mi placer: entre sonrojos
me sonríe su faz mientras la miro;
i le hablo en el idioma del suspiro
i en el lenguaje ardiente de los ojos.

Mas cuando, llena el alma de contento,
me aproximo a la reja i con ternura
sus blancas manos oprimir intento;

a huir de mi presencia se apresura,
i en fuga por el rústico aposento
se pierde entre las sombras su hermosura.

VII

Cuando en un mar de ópalo i turquesa
el moribundo sol hunde su disco,
i se ve por el llano i por el risco
la sombra nocturnal venir apriesa:

Abandona el ganado la dehesa,
seguido del pastor i el can arisco,
i por el abra limpia, hacia el aprisco
con perezosa lentitud regresa.

Se oye vibrar con religiosa instancia
sobre la aldea el bronce de la ermita;
vuelca el jardín sus urnas de fragancia;

el ave hacia el nidal su vuelo agita,
i en el umbral de la florida estancia
el ángel de mi amor ora i medita.

VIII

Plácida noche. En la extensión serena
rumores apacibles i fragancia
i polvo sideral; a la distancia,
la luna sobre un risco, hermosa i llena.

Preludia una guitarra, triste suena;
i al compás de su dulce consonancia,
frente a la muda reja de la estancia
una amante canción dice mi pena.

I al extinguirse en el espacio incierto
del quejumbroso canto los rumores,
sobre la brisa que perfuma el huerto;

el ángel de mis cándidos amores
echa a mis pies, desde el postigo abierto,
un fresco ramo de olorosas flores.

IX

Florido ramo de fragancias lleno
que a la postrer vislumbre de la tarde,
de frescura i candor haciendo alarde,
brillar te vi sobre su casto seno;

Tú que las frondas del jardín ameno
olvidaste por «ella», así te guarde
el cielo, con piedad, de sol que arde,
de insecto roedor e inmundo cieno:

Que digas a mi anhelo en el idioma
mudo pero elocuente del aroma,
si la has oído suspirar de amores.

I si al lanzarte por la reja abierta,
por dar calor a mi esperanza incierta
un beso puso en tus fragantes flores.

X

Vibra un preludio arrullador la orquesta,
i, trémulo de dicha i de esperanza,
se da el concurso al ritmo de la danza
sobre el muelle tapiz de la floresta.

Mi adorada beldad, ágil i presta,
al torbellino armónico se lanza;
mas no es mi brazo el que su talle alcanza,
ni es mío el hombro en que su sien recuesta.

Pasar la miro i silencioso peno
sin que pueda, enlazando su cintura,
beber la luz de su mirar sereno;

tocar su mano sonrosada i pura,
¡ai! ni saber si su agitado seno
tiembla por mí de amor i de ventura.

XI

Reclina sobre el rico terciopelo
del césped su beldad, bajo la tienda
florida i lujuriante de la penda
que alza en el patio su ramaje al cielo.

La plácida canción de un arroyuelo
cerca la arrulla, i, como en grata ofrenda,
el aura en torno de mi dulce prenda
juega en los rizos del dorado pelo.

Leve lluvia de flores, del ramaje
que hace temblar un soplo vespertino,
baja sobre «ella» i le perfuma el traje.

I un destello del sol en occidente,
a través de la frondas, peregrino
mensajero de Dios, besa su frente.

XII

Es de esa tarde en el postrer momento,
bajo la ceiba florecida, cuando
con «ella» a solas, de emoción temblando,
la oculta pena de mi amor le cuento.

Tan apagado i tímido es mi acento,
tal susurro mi voz, que su eco blando
no lo escucha del huerto el dulce bando,
la flor sencilla ni el curioso viento.

Sólo «ella» lo advierte, lo adivina;
como el cielo en serena madrugada
presiente el nuevo sol que se avecina.

I como el cielo, el rostro de la amada
resplandece a mi voz con la divina
i encantadora luz de la alborada.

XIII

Las parejas con grato vocerío,
desnudo el pie, ceñidas de albas rosas,
huellan por entre linfas rumorosas
la blanca arena del remanso frío.

Con qué donaire i seductor desvío
cruzar se ven las vírgenes hermosas,
como si fuesen vivas mariposas
i fuese un huerto en floración el río.

Mas como «ella», provocando a risa,
se detiene en la margen, indecisa,
i ve el raudal con infantil asombro;

la ciño, en rapto audaz, por la cintura
i hiendo ufano la corriente pura
con la divina carga sobre el hombro.

XIV

La casta virgen que eludir no pudo
la amorosa presión, huye la frente
i de sus manos a mi ardor creciente
en vano opone el improviso escudo.

Ya me apostrofa con acento rudo,
ya me suplica humilde i sonriente;
mas finjo abandonarla en la corriente
i a mí se abraza con estrecho nudo.

Sordo a sus ruegos, sordo a sus agravios,
inquiero sólo de sus dulces labios
si su inocente corazón es mío.

I cuando me habla de su afecto puro,
yá de mi dicha i de su amor seguro,
con mi carga gentil esguazo el río.

XV

Brilla en ocaso el sol, a la manera
de un ojo de titán, ensangrentado;
hai efluvios i ritmos en el prado
i en las frondas verdor de primavera.

Por el abra, que al sol aun reverbera,
llega al aprisco el mugidor ganado,
mientras «ella», de pies junto al cercado,
el blanco néctar bullidor espera.

Sorbe después en pastoril totuma
el rebosante esquilmo, que provoca
con el rumor de la hervorosa espuma.

I por el borde mismo en que le plugo
de fresca leche humedecer su boca,
bebo también del codiciado jugo.

XVI

De vuelta a la ciudad, un soto espeso
recorren las parejas descuidadas,
abstraídas tal vez en las pasadas
horas de amor, de dicha, de embeleso.

Con «ella» a solas, en las redes preso
de su insinuante voz i sus miradas,
en su boca, rival de las granadas,
con repentino impulso estampo un beso.

Tiembla, cual delicada sensitiva,
a la caricia de mi labio amante;
de susto llena, mi contacto esquiva.

I como surge el sol en ese instante,
emula al de la aurora fugitiva
el vivo rosicler de su semblante.

Plácidas glorias de mi edad riente
que en los floridos cármenes un día
llenasteis de ventura i de alegría
mi ingenuo corazón de adolescente:

Aunque os sorbió con avidez la ingente
vorágine del tiempo, todavía
del pasado en la obscura lejanía
reflejáis vuestra luz de sol poniente.

I al evocaros en las negras horas
del desengaño i del dolor sin calma,
¡oh, de mi tierno amor, idas auroras!

rompéis con vuestros lampos los crespones
de mi tristeza, ilumináis mi alma,
i revivís mis muertas ilusiones.

- 1907 -

LA LEYENDA DEL LAGO

A José Ignacio Lares

Hai hechos en el mundo real que a las veces me hacen creer las fábulas mas absurdas de la mitología. Por ejemplo, yo casi admitó aquella invulnerabilidad que daban las aguas de la Estigia, desde que veo que algo más raro i de mayor entidad producen las del Lago Coquíbacoa. Pocos hai que se bañen en él desde la infancia, i a los veinte años no sean excelentes poetas.

PEDRO ARISMENDI BRITO.

«*La Poesía Lírica en Venezuela.*»



La Leyenda del Lago

– Poema indiano –

En pos de un blanco vuelo de alígeras gaviotas
el de Ojeda venía de comarcas remotas,
por las ondas cerúleas que rizaba el Caribe,
a las doradas costas donde el indiano vive.
Venía con ensueños de ambición i de gloria
a segar nuevos lauros para prez de su historia,
a ofrecer nuevos timbres a su gente bizarra.
Tras las níveas gaviotas se internó por la "Barra"
de arenosos bajíos coronados de espuma;
i en su barco ligero cual levísima pluma,
al hallarse de pronto con un lago de seda,
se quedó sorprendido don Alonso de Ojeda.
En sus sueños de gloria, de ambición i fortuna,
nunca vio que se alzara más hermosa Laguna,
ni aquel otro prodigio que a la incierta mirada
ofrecía el señuelo de una isla encantada.
Avanzó al Occidente bajo el ala sonora

de la brisa. Extasiado, de su nave en la prora,
i a la luz de una tarde de irisados reflejos,
el país milagroso contemplaba a lo lejos.
Avanzó, i a medida que avanzaba a Occidente,
de sus chozas lacustres, en la margen riente,
los indianos miraban con suspensas pupilas
el cruzar de la nave por las ondas tranquilas.

Lago adentro, al abrigo de un recodo suave,
recogidas las velas, soltó anclas la nave;
i al compás de dos remos, sobre frágil barquilla,
don Alonso de Ojeda dirigióse a la orilla.
I saltó, i a la sombra de profusa arboleda,
sobre rústico asiento, don Alonso de Ojeda
contempló con pupila codiciosa i avara
el grandioso espectáculo de la tierra de Mara.
Luengo espacio quedóse pensativo i absorto,
con la vista en las ondas.
El ocaso era un orto;
como un orto, que haciendo de su púrpura alarde,
disolvía en las ondas el fulgor de la tarde.

***

De repente, un anciano . . . .
(Su color i su traza
denunciaron que él era de la índica raza.)
I le dijo el anciano en su lengua nativa:
—Señor, ¿qué de mi suelo te subyuga i cautiva?
¿qué tánto te embelesa? ¿qué tánto te complace,
a ti, que acaso vienes de donde el día nace?

Calló. I habló el de Ojeda con entusiasta acento:
—Mi planta peregrina cruzó lugares ciento.
Yo he visto en largos viajes de guerra i de aventura
cien pueblos encantados, cien islas de verdura,
donde tal vez habiten bajo frondas discretas
los genios i los dioses que evocan los poetas.
La tierra de mis padres, venero de primores,
mi noble Patria, aquella Patria de mis amores,
mi tierra, toda llena de encanto i poesía,
como la más hermosa del mundo la creía.
Màs hoi, cual dón más alto, me brinda la Fortuna
llegar hasta la margen que te sirvió de cuna;
i al ver tu Lago en donde parece que palpita
un corazón, que un alma poética se agita;
que júnta al mar sus linfas bajo dosel de frondas
sin que el Caribe amargue las mieles de sus ondas;
al ver de sus orillas el rico panorama
que en olas de proficua verdura se derrama;
al ver su lomo terso como cristal pulido....
eriales me parecen las tierras que he vivido.
Tú que naciste en estas magníficas regiones,
¿no sabes por ventura de viejas tradiciones
que digan el origen de tu gentil Laguna?
I respondió el anciano, lleno de orgullo:

—Hai úna.

La saben cuantos indios recorren las florestas
del Lago. En los areitos i en las nocturnas fiestas
nosotros la decimos en trémulos cantares,
al són de los carrizos, bajo de los palmares.
—¿Eres poeta? Cántala en tu salvaje idioma,
que tiene en mis oídos arrullos de paloma.

—¿Poeta? ¿Quién a orillas de mi Laguna quieta
no sueña, no se inspira, no canta.... no es poeta?
Sabrás la extraña historia; mas no por lengua mía:
el tiempo ahogó los ritmos que en mi garganta había.

Después, hacia la orilla se adelantó el anciano:
batió en señal, tres veces, las palmas de la mano;
i un grupo de desnudas doncellas, al aviso,
dejando sus flotantes cabañas, de improviso
somorgujó en las linfas sus curvas i sus flancos,
moviendo en torno espumas como plumajes blancos.
Rompió con diestros brazos las ondas, en que el día
la luz del vespertino crepúsculo ponía;
i al alcanzar la orilla con algazara leda,
formó en un semicírculo delante del de Ojeda.

***

—Cantad –dijo el anciano, de las indias al coro–
la Leyenda del Lago cristalino i sonoro.
I en su canto de ritmo melancólico i vago,
refirieron las indias la Leyenda del Lago:

—Cuando en remotos días, un Jefe, el Gran Zapara,
ocupó estas regiones con su tribu preclara,
por el vasto dominio donde el Lago murmura
levantaba una selva su gigante espesura.
En redor de sus lindes lujuriosas i hurañas
fabricaron los indios sus alegres cabañas;
mas ninguno en el seno de la selva podía
penetrar, que la selva misteriosa i umbría
reservó el Gran Zapara, por arcano deseo

o capricho de Jefe, para propio recreo.
Allí alzó su morada peregrina; i en ella,
con Maruma su hija, con Maruma la bella,
departía en las horas de reposo.
Maruma
no sabía de amores; i en las tardes sin bruma
i en las noches serenas —singular poetisa—
le cantaba canciones de ternura imprecisa,
o acordábale en versos de armonías extrañas
de su extirpe guerrera las heroicas hazañas.
—¡El amor! ¡Cosa inútil! el Cacique decía;
i aunque bravos guerreros de probada hidalguía
requirieron la mano de la india hechicera,
ni una alegre esperanza vislumbraron siquiera.
—¡El amor! ¡Cosa inútil! I el Zapara egoísta,
a Maruma la hermosa, a Maruma la artista,
confinó en su morada, cual un raro tesoro,
por gustar de sus versos i su canto sonoro.

Mas un día el Cacique se alongó por la estrecha
senda del mar....
Maruma, con el arco i la flecha,
i en la cintura breve la bien provista aljaba,
detrás de un ciervo arisco la selva atravesaba.
Corría tras la pieza sin calma ni respiro;
de pronto se detuvo: la pieza estaba a tiro.
Llevóse al pecho el arco de recia contextura,
calada yá la vira sobre la cuerda dura....
Fue a disparar....
Repente, con rápido zumbido
vibró otra flecha: el ciervo cayó de muerte herido;

i en medio de la selva misteriosa i callada
quedó Maruma absorta, suspensa la mirada,
el arco distendido, la flecha sobre el arco,
mientras la res gemía sobre purpúreo charco.
Un cazador apuesto, del fondo del boscaje
encaminó sus pasos hacia la res salvaje,
en cuya frente, como si fuera un asta fina,
veíase clavada la fuerte jabalina.
Maruma fue al encuentro del cazador que, ufano,
alzaba en ese punto con vigorosa mano
la pieza, todavía caliente i palpitante.
—¿Quién eres, i qué buscas?
El indio irguió el semblante,
dejó sobre la alfombra la ensangrentada presa....
i contempló a Maruma con plácida sorpresa.

—¿Quién eres, i qué buscas en la selva sagrada,
a todos, por mi padre, sin excepción vedada?
Así la india.
I luégo, bajo la fronda obscura
del bosque, se miraron con tímida ternura.

—Tamare soi, i vengo de mi nativa tierra.
Una virtud divina mi corazón encierra:
yo canto, soi poeta; pero la gente mía
rechaza a los que adoran la excelsa Poesía.
Errante voi; más nunca será que el paso vuelva;
crucé, no supe cómo, las lindes de tu selva;
i en ella voi perdido, durmiendo entre sus grutas,
bebiendo en sus raudales, gustando de sus frutas.
¡Oh, hermosa! yo ignoraba que el tránsito en su seno

vedado está: perdóna si de malicia ajeno
me entré por la espesura; conozco yá la veda:
indícame el camino por do alejarme pueda
a donde el Gran Espíritu morada me depare.
Tal, de emoción henchido, le respondió Tamare;
i bajo el rico dombo cubierto de verdura
tornaron a mirarse con íntima ternura.

—Tamare: –dijo entonces Maruma, i fue su acento
como rumor de cañas mecidas por el viento–
el dón porque tu pueblo te aleja i te abandona,
mi espíritu lo siente, mi labio lo pregona.
Para escuchar mis cantos, que a otros oídos niega,
del trato de los hombres mi padre me relega.
Maruma soi, la hija del Gran Zapara; pero
aunque vedado el sitio, privarte dél no quiero.
Mi padre se halla ausente de la selva; conmigo
vén: en mi oculta choza te ofrezco pan i abrigo.
Repararás tus fuerzas.... Te marcharás mañana,
cuando mi padre torne de su excursión lejana....
En tanto, solos, solos i en dulces desvaríos,
me cantarás tus versos, te cantaré los míos.

I por vereda inculta que el cazador desbroza,
se fueron, lentamente, camino de la choza.

***

—¿Es cierto?
—Es cierto, padre.
El indio está en mi alcoba
de verdes palmas, sobre mi lecho de caoba.

Tu pan comimos juntos, hicimos un derroche
de música i de versos; i al extender la noche
sus lúgubres tinieblas, él en mis brazos preso,
dormimos juntos, juntos, después de un largo beso.
—¡Maruma!

—Es cierto, padre. Nos unen fuertes lazos,
i torno ahora al cielo divino de sus brazos.
Maruma entró en la choza . . . .

El Gran Zapara, henchido
de rabia, dio a los aires colérico rugido,
que estremeció a lo lejos del monte la garganta;
batió la dura tierra con formidable planta,
i, cual si herida fuese por rudo cataclismo,
la selva, bajo el golpe, se convirtió en abismo.
Los caudalosos ríos, desde las cordilleras
vecinas, descendieron con ímpetu de fieras,
i, a modo de un diluvio terrífico i disforme,
vaciaron sus torrentes en el abismo enorme.
Entonces el Cacique con sus robustas manos
la tierra abrió hacia el Norte: sus odios inhumanos
llenar la cuenca ansiaban . . . . i, como en fuga loca,
el mar entró al abismo por la entreabierta boca.
Así, yá satisfecho del vengativo estrago,
entre el Caribe undoso i el apacible Lago
–después que de su tribu cedió el gobierno a Mara–
en arenosa Isla se convirtió el Zapara.

I en tanto que en estrofas de rítmica dulzura
cantaba la pareja su amor i su ventura,
del mar las densas olas i el agua de los ríos,

fundiendo en solo un ímpetu sus poderosos bríos,
giraron, i en un vórtice de arenas i de espuma
hundieron improviso la choza de Maruma.
Cantaba la pareja cuando se hundió; i los sones
postreros de su canto, por entre los turbiones,
flotaron en las olas a modo de una queja
lanzada en la agonía por la gentil pareja.

....

Desde entonces las almas de los tiernos amantes,
en las ondas del Lago difundidas i errantes,
van cantando los sueños de su eterna ventura:
es su voz la que suena cuando el Lago murmura;
i el rumor que la brisa de las ondas levanta,
es su ritmo que vuela, es su verso que canta.

Tal, en voz que el susurro de las auras remeda,
con su música extraña cautivando al de Ojeda,
entonaron las indias en unísono coro
la Leyenda del Lago cristalino i sonoro.

***

¿Quién duda que en el Lago parece que palpita
un corazón, que un alma poética se agita?
El céfiro i la onda, el pájaro i la rama,

pregonan el prestigio de esa virtud.
I es fama
que le basta, yá encinta, a la madre futura
somorgujar sus formas en la corriente pura,
para que luzca el hijo sobre su sien de esteta
la auréola que anuncia la gloria del poeta.

– 1908 –

GUAJARIMA

A Eduardo López Rivas



GUAJARIMA

—Poema indiano—

No mui lejos del mar, cuyo oleaje,
con ronca voz o trémulo suspiro,
arrulla la Península salvaje
donde erigió sus chozas el guajiro;
en la tranquila vecindad de un prado
en pastos rico, de verdor cubierto
i de arenosos médanos cercado,
Guajarima el cacique, el indio experto
que en guazábaras mil probó sus bríos,
alzó con sus parciales
entre lomas i oteros sus bohíos
i junto a los bohíos sus corrales.

No al eco yá del lúgubre botuto,
cuando tramonta el sol el pico hirsuto
de las sierras azules,
se le ve sobre el dorso de su bruto

salir del cabañal con sus gandules,
i como en otros días
–visión de apocalipsis por el llano–
alongarse en frecuentes correrías
i arrasar por el pie las rancherías
del cosina traidor i el paraujano.
Ni por la voz de ancianos i vehiques
azuzado al horror de la venganza,
en junta se le ve con los caciques
de amigas tribus, en guerrera alianza,
para llevar, cuando el nocturno manto
obscurece la bóveda infinita,
el saqueo, la muerte i el espanto
hasta los pueblos donde el criollo habita.

Desde que un día, apellidando guerra,
el bravo Guajarima
con sus poraucas se internó en la Sierra,
i halló en la choza del guerrero Cuima
a una indiana beldad, flor de su tierra;
su corazón, que se agitaba lleno
de belicoso ardor i fiera saña,
puso a sus iras impetuosas freno,
i ante la virgen de la tribu extraña
temblando de emoción, sintióse bueno.
Aunque yá vencedor, el rudo indiano
a Cuima habló de paz i de armonía:
más que del triunfo, de su amor ufano,
puesto de hinojos requirió la mano
de la dulce Gunía;
i como al indio es lei, rito de antaño,

feriar la indiana a cuyo amor se aspira,
brindó el Gandul por la gentil guajira
cien cabezas en flor de su rebaño.
Cuima aceptó: sus indios mensajeros
hicieron, por espacio de tres soles,
vibrar en los senderos
la voz de sus torcidos caracoles
i el grito de sus roncos papayeros.
Al ruidoso mensaje
respondieron doquier las tribus todas,
i los caciques, en alegre viaje,
llegaron con su séquito al villaje,
de Guajarima a celebrar las bodas.

Vistió Gunía primorosa manta
del color del maíz en las mazorcas;
se ornó con áureos hilos la garganta
i los pies i los brazos con ajorcas.
El rendido Gandul, también de gala,
vivo refajo de algodón lucía,
i en su coroza, semejante a un ala,
cerco de singular plumajería.
Cuando asomó la índica pareja
por Cuima cortejada i por los piaches,
dio a Guajarima una vehique vieja
su talismán de negros azabaches.
Agitó el hohobit los gayos flecos
del simbólico tirso: los tambores
hicieron retemblar bajo sus ecos
del cabañal los rústicos alcores;
entornaron las vírgenes endechas

i cánticos de amores,
i al cielo, de los arcos vibradores
se alzó un copioso revolar de flechas.

Cuando el ardiente sol del mediodía
su calor i su luz vertió a raudales
sobre la bulliciosa ranchería,
la fiesta continuó bajo una umbría
bordeada de hojosos platanales.
Quemó un viejo moján aromas ricos
de seca i olorosa niquibao;
las vírgenes hicieron abanicos
con hojas de banano i de bijao;
repartió Guajarima chumbes raras,
calumeles de piedra, rojas plumas,
arcos, flechas, carcajes i tequiaras;
i la hermosa guaricha
brindó al concurso en cóncavas totumas
pan de mañoco i fermentada chicha.

Luégo que el sol, cayendo de lo alto,
bordó en las cumbres su postrer destello,
i se hundió en el ocaso, tras un bello
crepúsculo de rosa i de cobalto;
Cuima con leños i bejucos hizo
encender en redor grandes fogatas,
i rompieron el aire las sonatas
roncas del tamboril i del carrizo.
La danza comenzó: de la arboleda
bajo el fresco dosel, jefes i ancianos,
vírgenes i matronas, con las manos

entrelazadas i formando rueda,
cercaron a Gunía,
la morena vivaz de negros ojos
i labios de color de peonía,
cuya faz como un sol resplandecía
de las fogatas a los lampos rojos.

La virgen desposada,
con la abundosa cabellera suelta
i de placer radiante la mirada,
llevó una mano a su cintura esbelta,
i con la otra hacia adelante alzada,
del círculo en redor trenzó una vuelta.
Después, con el anhelo
de vencer en la danza a Guajarima,
lanzó por el espacio su pañuelo,
que fue a posarse del Porauca encima
como paloma que recoge el vuelo.

A la galante invitación, que llena
su corazón de júbilo, el guajiro,
ágil como un tapir, saltó a la arena,
i en rumbo opuesto a la gentil morena
trenzó también un cadencioso giro.
Miróseles después, ora de frente,
ya rápidos huír, volverse luégo,
buscarse i perseguirse de repente,
danzando con febril desasosiego;
batir el suelo con feliz donaire
i ritmo igual; en círculos veloces
una al otro envolver, i dar al aire
en són de reto intermitentes voces.
Ora la indiana en actitud derecha

al experto Porauca perseguía
con alígeros ímpetus de flecha;
ya en tímido abandono i giro lento,
inclinada la frente, parecía
una palma real que agobia el viento.
Hizo el Porauca de su astucia escudo;
mas al fin en la danza peregrina
la india enredóle con el pie desnudo
la chumbe de algodón, i el indio rudo
se desplomó como tronchada encina.
El concurso aplaudió. Luégo, otro indiana
i otro gandul saltaron a la arena....
i repitióse la festiva escena
hasta encender sus luces la mañana.

Cuando el claro fulgor del nuevo día
bañó la tarde en el postrer reflejo,
galante, alegre, al lado de Gunía,
Guajarima volvió con su cortejo
al antiguo villaje en que vivía.
Sus indios convocó; llamó a consejo
los piaches de la extensa ranchería,
que confirmaron su querer: el viejo
cabañal incendió, que al pie del monte
alzó la tribu en anteriores años,
i se fue con su gente i sus rebaños
en pos del mar, con rumbo al horizonte.
I no lejos del mar, cerca de un prado
en pastos rico, de verdor cubierto
i de arenosos médanos cercado,
Guajarima el cacique, el indio experto,

domados yá sus belicosos bríos,
irguió con sus parciales
entre lomas i oteros sus bohíos
i junto a los bohíos sus corrales.

Libre en el campo su bridón de guerra,
colgadas del canei las duras armas
–pánico un día de la indiana tierra,
motivo al criollo de inquietud i alarmas–
al indio enamorado los pastores
le ven con su deidad por los espesos
boscajes, junto al mar, o en los alcores,
ora cubrirla de amorosos besos,
ora la frente coronarle en flores.
Cuándo se van, mientras la aurora raya,
entre caricias i amorosos guiños,
a mariscar por la desierta playa
llena de conchas, como un par de niños.
Cuándo en las noches claras i serenas,
trepando por un médano –atalaya
de móviles arenas–
la pareja feliz, bajo la lumbre
del nocturno fanal subir ensaya
cogida de las manos, a la cumbre.
Ya se les ve cuando la luz enoja
del sol, por las sombrías enramadas,
del cacto saborear la fruta roja
i el melifluo joyel de las granadas;
o por huír la estuosidad febea
al baño darse que en colmadas timbas
bajo el techado rústico se orea

que entolda el manantial de las cacimbas.
Ya en la tarde, a la hora del ordeño,
al Gandul exprimir con firme empeño
de su vaca mejor la henchida ubre:
i cuando el fresco líquido, del tarro
con la espuma hervorosa el borde cubre,
la india al lado del risueño esposo,
beber los dos el néctar delicioso
en anchas copas de pulido barro.

Sólo una vez desde que alzó su choza
cerca de un prado, frente al mar parlero,
el arco pronto i el carcaj de cuero,
volvió a ceñirse el indio la coroza
i a cabalgar en su corcel guerrero.

Un criollo, su enemigo, un arijuna
que en yá remota lid derribó inerte
a su hermano menor, al joven Tiuna,
sin que lograse Guajarima el fuerte
en sus tiempos de gloria i de fortuna
vengar del indio la temprana muerte;
un criollo, su enemigo, i el escaso
número de jinetes que a la Sierra
distante i peligrosa le seguía;
a la hora en que el sol desde el ocaso
envía su adiós último a la tierra
i huír parece de la noche umbría,
que con sus sombras el espacio cierra,
al descender, sin precaución acaso,
de un arenal las móviles colinas,

vieron que en torno les cortaba el paso
un cerco amenazante de cosinas.
I se empeñó la lucha en la llanada,
respondiendo a las flechas de la indiada
en largo retronar las carabinas.

Al saberlo el Gandul por dos viajeros
mestizos, que llegaron al villaje,
se apercibió a la lid con sus flecheros
i partió, desechando los senderos,
con impaciencias de furor salvaje.
Aun no había la luz madrugadora
dibujado en el término indeciso
los primeros celajes de la aurora,
cuando el bravo Gandul con su mesnada
cayó sobre la horda de improviso,
rompiendo a úna en bélica algarada.

La sorprendida turba en vano quiso
luchar i resistir; adivinando
entre los gritos del intruso bando
de su antiguo rival la voz robusta,
se dispersó por médanos i lomas,
como tímida banda de palomas
a la que el vuelo del halcón asusta.
Libre yá el criollo, hacia el Porauca indiano
encaminó su paso, i diligente
i agradecido le tendió la mano;
mas retiróla al punto, de repente
palideciendo, que en aquel valiente,
del indio Tiuna conoció al hermano.
—¡A mí! con viva voz gritó á su gente;
mas repuso el Gandul:—Llamas en vano.

Ni daño temas ni venganza alguna
de mi gente i de mí; que si soi fuerte
i juré con tu sangre i con tu muerte
vengar la sombra de mi hermano Tiuna;
porque sé que el denuedo te acompaña,
que te bates de frente i no asesinas,
vine a librarte de la torpe saña
de esa cobarde chusma de cosinas.
Pero después, mañana, en la otra luna,
¡por la memoria de mi hermano muerto!
como te halle otra vez, dálo por cierto:
morirás a mis manos, arijuna.
Dijo, i volviendo con desdén la espalda
al criollo absorto, sacudió violento
su penacho de plumas de esmeralda;
llamó a su tropa con vibrante acento,
i se perdió, más rápido que el viento,
de un médano espacioso tras la falda.

De vuelta al cabañal, ¡con qué ternura,
con qué amoroso afán, con qué alegría,
yá del criollo olvidado i su aventura,
besa los labios i la frente pura
i los plácidos ojos de Gunía!....

Una hermosa mañana, una de aquellas
mañanas en que el sol—inmenso loto
del celeste jardín—claras i bellas
halla, al surgir, en el confín remoto
brillando aún las últimas estrellas;
juntos los dos en las riberas solas,

sentados frente al mar sobre un declive,
contemplan, como en éxtasis, las olas
azuladas i frescas del Caribe.
El mar apenas con ligero ruido
su dilatado seno a henchir empieza,
cual si fuese un titán medio dormido
que al ósculo del día se espereza.
El orto finge púrpuras de fragua
en fondo azul; el iris centellea
sobre la blanca espuma, que rodea
las crestas de las rocas a flor de agua;
i el creciente rumor de la marea
trae su blanda música a la orilla,
donde, entre verdes algas i moluscos,
en la onda, en la arena, en los pedruscos,
la luz se quiebra, se arrebola i brilla.
Todo despierta en derredor al suave
ósculo matinal: con dulce acento
canta en el nido o en la fronda el ave;
vario enjambre de insectos zumbadores
se agita en veleidoso movimiento
sobre el rico nectario de las flores
que en el ramaje umbrío,
bajo el ala fugaz del manso viento,
entreabren el cáliz opulento
coronado de gotas de rocío.
Va la ardilla veloz de rama en rama
saltando sin cesar; el potro arisco
relincha en la llanura; la res brama
llamando al recental en el aprisco;
bala la oveja; el vigilante gallo

bajando hasta el corral desde el alero,
congrega al són de su clarín guerrero
la flor de su serrallo;
i hasta el mastín, celoso centinela
que rondando la quieta ranchería
pasó la noche en prolongada vela,
gozoso ladra al despuntar el día.
I en tanto que la luz de la mañana
enciende los lejanos horizontes
i con vivos destellos engalana
el cielo, el mar, los valles i los montes;
los dos indianos en la orilla, a solas,
sentados frente al mar sobre un declive,
contemplan, como en éxtasis, las olas
azuladas i frescas del Caribe.
¡Hora feliz! ¡Acaso la postrera
de la noble pareja enamorada!
Que igual que en la ciudad, en la apartada
selva, en las chozas donde el indio vive,
la ventura es fugaz: pálida aurora
que apenas brilla en la cerúlea esfera
cuando entre pardas nubes se evapora.

Con sigilosa planta, de un cercano
i espeso bosquecillo, que se tiende
a espaldas de Gunía i del indiano,
sale un grupo de criollos, i sorprende
i rodea i atierra de improviso,
sola e inerme, a la pareja amante;
i aunque rugiendo el indio en ese instante
dar voz de alarma i de socorro quiso,

en vano lo intentó. Con hábil traza,
para frustrar el peligroso aviso,
la previsiva gente le amordaza;
i a la indiana también, que ardiendo en ira,
ya de su larga cabellera tira,
ya su preciosa chumbe despedaza.
Después, el jefe de la audaz cuadrilla
silbato agudo en la ribera toca,
i rápida barquilla
desde un recodo, tras saliente roca,
asoma i vuela hacia la blanca orilla.
La pareja infeliz, huraña i grave,
a manos de la banda aventurera,
rueda en prisiones a la suelta nave;
i abandonando todos la ribera
en el frágil batel, con prisas de ave
se alejan por el mar tranquilo i suave
del barco en pos que en el recodo espera.

Dos auroras después, yá en tierra extraña
desconocida para él, distante
de su suelo, su tribu i su cabaña
—mientras Gunía acongojada gime—
inmóvil, en silencio, semejante
a una estatua de bronce, el indio amante
su dolor i su cólera reprime.
I como sabe que esperanza alguna
tiene de libertad, porque le oprime
¡cobarde acción! el matador de Tiuna,
sin queja sufre Guajarima el bravo
el golpe abrumador. Sereno advierte

que les depara el porvenir la suerte
sombría i dolorosa del esclavo;
i aun piensa resignarse a su desdicha,
humilde soportar el torpe yugo,
si el destino cruel que herirles plugo
no le separa de su fiel guaricha.
¿Qué para él en depresiva i larga
esclavitud vivir, doblarse al peso
molesto i rudo de ominosa carga,
como Gunía con la miel de un beso
endulce de su mál la copa amarga?

Así en la mente del Gandul cautivo
el pensamiento gira en torno de esa
triste esperanza: lampo fugitivo
de un astro melancólico i furtivo
que las nocturnas sombras atraviesa.
Inútil anhelar. Cuando la espesa
noche sucede al esplendor del día,
tendiendo en el azul su negro manto;
penetra el criollo en la prisión sombría
seguido de su gente, i con espanto
ve el mísero Gandul que, ahogada en llanto,
apartan dél a la infeliz Gunía.

Despavorido, atónito, en la puerta,
que oye cerrar, del triste calabozo,
clava los turbios ojos de hito en hito;
i al comprender su desventura cierta,
desgarrándose el pecho, exhala un grito
mezcla de imprecación i de sollozo.
Después en su cerebro, con extraña,
con perenne obsesión, la imagen surge

de aquel turpial que un día en su cabaña,
altivo, mudo, en la prisión de alambre,
aunque la sed con ímpetu le urge,
aunque le acosa con violencia el hambre;
porque perdió su nido i su pareja
ni los manjares ni la linfa mira,
i de hambre i sed i de tristeza expira
tras la segura urdimbre de la reja.
I el indio en su dolor, sin una queja,
como heroica protesta a los agravios
con que la dura suerte le provoca,
ni un pedazo de pan lleva a su boca
ni vuelve más a humedecer sus labios.
Cuando el torvo guardián con mano fuerte
logra entreabrir los labios del cautivo
i con tenaz empeño entre ellos vierte
líquido salvador, fiero, convulso,
forcejea el Gandul, i, al agua esquivo,
la arroja al aire con violento impulso.
Así resiste, huraño;
así soporta, sin ceder, el daño
del intento suicida su entereza;
hasta que un día, cuando el alba empieza
i todo al beso de la luz se anima,
se extingue, como el ave, Guajarima,
de hambre, de sed, de amor i de tristeza.

- 1908 -

LAS ISLAS DEL COQUIBACOA

A Manuel Ugarte

Las Islas del Coquibacoa

Lago azul sereno. . . .

HAI en el regazo
suave de tus ondas,
Islas que rodeas como en un abrazo
con espumas níveas i cerúleas blondas.
Unas en tu seno
i otras en tu brazo
–¡oh, gentil Guitarra! ¡Lago azul sereno!–
todas esas Islas, mientras las arropas
con tus ondas zarcas, o de sus encajes
entre las blancuras,
todas esas Islas son extrañas copas
llenas de brevajes,
llenas de amarguras.

Cuentan que en remoto
día, sobre el amplio lecho de tus aguas
i en un antro ignoto
pleno de crisoles, retortas i fraguas,

modeló esas copas aquel Mago mismo
que en las soledades
de ese ignoto abismo
fabricó los rayos de tus tempestades;
aquel Mago mismo, caprichoso Mago,
que en las noches negras, en señal de rumbo,
para los naucleros de la Mar i el Lago
prende su Farola sobre el Catatumbo.

Copas de leyenda,
desde los abismos a tus linfas claras
las alzó aquel Mago como en una ofrenda:
era una vajilla,
nada más de copas, era una vajilla
para los caciques de tribus preclaras;
i se recrearon en la maravilla
de esas copas raras,
moporos i aliles, toas i zaparas....
Vienen los hispanos,
los conquistadores, los aventureros:
cruzan por la «Barra», prontos los aceros,
ponen en las copas sus audaces manos....
mas al escanciarlas –¡oh, Lago de seda!–
diz que con sus vinos i con sus licores
se embriagó el de Ojeda....
Pacheco i Alfínger.... los aventureros, los conquistadores.

Eran esos vinos nobles i sutiles;
los licores eran ricos.... Pero en tanto
que los indios caen entre hierros viles,
vierten en las copas sangre, hiel i llanto,
toas i zaparas, moporos i aliles....
I en sus noches tristes i en sus días largos

de calamidades, duelos e inquietudes,
ven que los licores se tornan amargos,
que los vinos pierden todas sus virtudes.

Tal, desde ese ciclo de rencores lleno,
unas en tu brazo i otras en tu seno
-¡oh, gentil Guitarra! ¡Lago azul sereno!-
todas esas Islas, mientras las arropas
con las níveas gasas de tus ondas puras,
todas esas Islas son extrañas copas
llenas de brevajes, llenas de amarguras.

Isla de las Aves....

Diminuta copa, Isla de las Aves,
copa de perfiles sombríos i graves:
¿de qué filtro guardas venenosas heces?
¿qué brevaje ofreces
-tal vez de cicuta-
que si a ti los nautas van algunas veces
luégo te abandonan i siguen su ruta?
Es que de tu fondo, copa diminuta,
sólo se destacan rudas arideces:
ni un boscaje amigo, ni una fresca gruta.

Isla de las Aves, diminuta copa
de áridos relieves i contornos graves:
cuando el viento aíra las ondas suaves,
cuando el rayo corre i el trueno galopa,
bajan los turbiones i húndense las naves,
con medrosos vuelos, en confusa tropa,
buscan tu refugio las marinas aves.

Mas ni fresca gruta ni boscaje amigo
contra la tormenta bríndales abrigo,
i en tus arideces gritan espantadas, giran sin sosiego,
como si se hallasen bajo del influjo de un licor de fuego.

Isla de los Mártires. . . .

Isla de los Mártires: en la azul espalda
del undoso Lago tu silueta miro,
a manera de una copa de esmeralda
que su pie sustenta sobre un gran zafiro.
Cual gentil guirnalda
cíñete el adorno
de un bajo-relieve;
de un bajo-relieve que simula en torno
lírico paisaje de figura breve.
Tu contorno aduna
–cual una leyenda de las Mil i una
noches orientales–
fuentes que dan oro,
fuentes de los cielos: luces tropicales;
pájaros que hablan: el alegre coro
de tus paraulatas i de tus turpiales;
i árboles cantores,
en que el alma vive de indianos troveros:
tal como si fuesen indios trovadores
cantan los penachos de tus cocoteros.

Isla de los Mártires, copa de esmeralda:
nó el paisaje alegre que con sus gentiles
frondas te enguirnalda;
modelar debieron trágicos buriles
sobre tu figura,
Job la leyenda doliente i obscura

i el lema que el Dante dibujó en su Infierno con negros perfiles.
Copa esmeraldina: guardas en tu seno
entre ricas pompas un mortal veneno;
desde el negro fondo
por los bordes lanzas
un vino que hostiga, siniestro i hediondo,
vino de tragedia, de tribulaciones i desesperanzas.

Islote de Capitán-chico....

Fantástico Islote
de Capitán-chico,
índico mogote
pródigo en palmeras i en manglares rico:
tus palmas descogen sus verdes penachos como en abanico,
tus mangles parecen salvajes tatuados con rojo de achiote.
Eres una copa cuyo pie se ha hundido
entre obscuro légamo; i te alzas apenas,
como si en las ondas claras i serenas
asomases sólo tu borde pulido....
Hubo un día grandes,
heroicas escenas:
el León de Iberia sangraba en Los Andes;
el Cóndor rompía sus viejas cadenas.
El marcial estrago
se extiende hasta el Lago, va de orilla a orilla.
Padilla i Laborde luchan en el Lago:
Laborde es España; Colombia, Padilla.
A muerte es la lucha, sangrienta i discorde;
abordaje, incendio, fragor sin medida:
Padilla es el triunfo; la rota, Laborde....
i en cárdenas olas, copa casi hundida,
un licor de sangre te llena hasta el borde.
Desde entonces dicen que de tus palmeras

surgen por la noche voces lastimeras;
i de tus manglares en la espesa arcada
las cortezas rojas mienten a la vista sangre coagulada.

Isla de los Toas....

Isla de los Toas, brazo de Ciruma,
despojo flotante sobre el hondo abismo,
de la cordillera que en violencia suma
sumergió en el Lago rudo cataclismo;
Isla de los Toas, fragmentario monte
que la cumbre eriges cual una atalaya,
i ves los contornos vagos de la playa,
ves el mar Caribe, ves el horizonte:
cerca de tu orilla mojanes i toas,
a flor de las aguas
tendieron los grupos de sus barbacoas;
con flechas i arpones cazaron macaguas,
caimanes i boas;
i desde tu orilla se fueron de pesca sobre sus canoas,
o en noches de luna se fueron de guerra sobre sus piraguas.

Vino la Conquista,
preparada al triunfo i al combate lista:
fue la lid tremenda;
lucha de exterminio, trágica contienda.
Toas i mojanes
cayeron vencidos tras rudos afanes:
por tierra sus chozas, tomados sus puertos,
la flor, prisionera, de sus capitanes,
violadas sus indias, sus caciques muertos....
Tal vez si por eso tu perfil obscuro,
–por donde se empina trepadora yedra,

tal como una escala sobre negro muro–
simula una copa de calcárea piedra
que las heces guarda de un licor impuro:
licor de amenazas,
levadura de odios, jugo de rencores,
que en ella exprimieron las vencidas razas
antes de rendirse llenas de tristezas a sus domadores.

Isla de los Pájaros, i del Pescadero....

Isla de los Pájaros, i del Pescadero,
islas cenagosas de contorno rudo,
entre cuyas frondas, sobre el tembladero,
vuelan en miriadas el jején artero,
la dañina mosca i el voraz zancudo:
en vuestros manglares llenos de rumores
crecen los carrizos sobre el agua muerta,
rubrican el musgo sierpes de colores,
corren las iguanas en continua alerta,
duermen descuidados los aligatores,
i se ven en grupos con el ala abierta
pájaros marinos, cuervos pescadores.

Caen sobre el fango las cortezas rojas,
las raíces secas, las marchitas hojas,
los frutos que horada roedor insecto:
todo se confunde, se amalgama todo;
todo se hace infecto;
i del negro caos,
del infecto lodo,
surgen, se desdoblan, cruzan en el viento,
húmedos vapores, corrompidos vahos,
miasmas invisibles de letal aliento....

Sois un par de copas donde un negro vino
de cien mil ponzoñas el vigor conserva;

pero que a los rayos del sol vespertino
hierve sigiloso, hierve sigiloso.... i en redor desata
la humedad que enerva,
el vaho que oprime, la anemia que asfixia, la fiebre que mata.

Isla de San Carlos....

Isla de San Carlos, tu perfil se exhibe
entre el Mar, que ruge, i el Lago, que canta;
así, porque entrambos circuyen tu planta,
el Lago te arrulla, te increpa el Caribe.
Inmoble en tu playa, levanta en seguro
secular castillo su actitud severa;
mientras que en lo alto del siniestro muro,
como mariposa, cual un iris puro,
-símbolo sagrado- flota mi bandera.
La bandera infunde gratos alborozos
a los que la miran del castillo afuera;
pero abajo se oyen, en los calabozos,
preces i gemidos, ayes i sollozos,
i entre maldiciones rugidos de fiera.
Es que en las prisiones
confundidos gimen
almas extraviadas, negros corazones:
los que se lanzaron tras de sus pasiones
los avezados al horror del crimen.
I hasta ha habido en esos antros pestilentes
firmes corazones, almas inocentes:
firmes corazones llenos de energía,
almas inocentes llenas de esperanza,
que aherrojó la mano de la tiranía
o el secreto impulso de una ruin venganza....
Tal, entre el Caribe de impetuoso grito
i el Lago sonoro de dulces acentos,

guardas la impureza de un licor precito:
Isla de San Carlos, copa de granito
llena de dolores, llena de tristezas i remordimientos.

Isla de Bajo-seco. . . .

Sus olas furentes
bate el impetuoso Mar de las Antillas
sobre tus rompientes,
sobre tus escollos, sobre tus orillas:
eres, Bajo-seco, la isla del Lago
que más sus riberas al Mar avecinda,
en donde simula tu contorno vago
tal como una copa que el Lago le brinda. . . .
Un día, esa copa conmoviose al trueno
de lid fratricida, de lid enconada;
dos flotas lucharon con valor sereno:
lanzaron los buques rugiente andanada;
de sangre de hermanos el mar se vio lleno;
con rojos fulgores brilló la enramada;
e igual que las frondas del boscaje ameno,
las sombras obscuras de la madrugada.
Por eso eres copa que envuelta en cendales
–nevadas espumas del Mar colombino–
colmose de un vino, de un cálido vino
de sangre, que hoi mezcla con nitro i yoduro. . . .
con todas las sales
que amargan las olas del monstruo marino.

Isla de Zapara. . . .

Isla de Zapara,
tú eres una copa de áridas arenas,
donde el viento suena con música rara:
nó como en el cántaro dulce de las quenas,

mas como en el hueco vibrante i sonoro de inmensa tapara.
Tú eres también triste, porque has visto muchas
trágicas escenas,
reñidas acciones, sanguinarias luchas.
Hai en tus riberas indios todavía
que, al tender la noche su crespón de luto
por sobre las palmas de la ranchería,
evocar parecen al són del botuto
tu alma toda llena de melancolía.

Tú viste al salvaje
de piel bronceada, de cabeza bruna,
la frente ceñida con gayo plumaje,
ligero de ropas -tal vez sin ninguna-
los brazos i el pecho con rojo tatuaje,
ceñidas la aljaba i el hacha de piedra.... rugir de coraje
lanzando sus flechas; con varia fortuna
luchar en tu playa, luchar en tu duna;
dejar su villaje,
dejar tus riberas en noches de luna
i al són de bocinas i roncos tambores, en guerra i pillaje
cruzar el Caribe de férvido olaje,
o al fondo alongarse distante i sombrío de la ancha Laguna.

Tú viste al hispano
-guerrero i marino- llegar en su flota
de un mundo lejano;
i, al brazo el escudo, la espada en la mano,
el casco en la frente i al pecho la cota,
vencer el coraje, mellar la bravura
del pueblo aborigen que en dunas i playas
le opuso, rugiendo de heroica locura,
su pecho desnudo, sus hachas de sílex i sus azagayas.

Tú viste la banda de filibusteros,
llenos de codicia, llenos de ambiciones,

por lei sus antojos, sus gustos por fueros,
volver desde el Lago, volver de regiones
donde sus aceros
sembraron la muerte, sembraron el luto,
lágrimas, miserias i desolaciones,
trayendo en sus naves el copioso fruto
de sus correrías i depredaciones.
I viste más luégo
cerca de tu orilla,
sobre el canalizo, barcos de Castilla
i barcos piratas en reñido fuego:
en la noche obscura nubes de tormenta,
fogonazos rojos;
i en el canalizo púrpura violenta,
náufragos que gritan, naves incendiadas, sangrientos despojos.

Es así, por eso, porque has visto muchas
trágicas escenas,
reñidas acciones, sanguinarias luchas,
por lo que en tu fondo ¡oh, gigante copa de áridas arenas!
llevas i confundes vinos escarlatas:
sangre de aborígenes, sangre de españoles, sangre de piratas.

Oh, gentil Guitarra. . . .

¡Oh, gentil Guitarra! ¡Lago azul sereno!
Unas en tu brazo i otras en tu seno,
todas esas Islas, mientras las arropas
con las níveas gasas de tus ondas puras,
todas esas Islas son extrañas copas,
llenas de brevajes, llenas de amarguras. . . .

-1909-

EN EL LAGO

El Lago Coquibacoa

Para Abelardo Gorrochotegui.

A los pies de la índica Sultana
o en el misterio de la playa sola,
el sol con sus prestigios le aureola,
la noche con sus luces le engalana.

Ora dormita con pereza indiana;
ya ruge, i es un monte cada ola,
que su azur con los gules arrebola
de la nativa sangre i de la hispana.

Buques sombríos de pesadas quillas,
piraguas i bateles como plumas,
hienden su seno, pueblan sus orillas.

I bajo un cielo tropical, sin brumas,
ostenta cual perennes maravillas
dosel de palmas i cendal de espumas.

El pescador

A Julio Martínez B.

Es paladín con ímpetus marciales:
la nave su bridón, la red su acero,
la vela henchida su pendón guerrero
i su clarín la voz de los cocales.

Avanza entre las sombras nocturnales;
i en paz el rostro, el corazón entero,
ni le intimida el oleaje artero
ni tiembla ante los roncos vendavales.

Cuando es vencido en el combate rudo,
rueda al abismo, que revuelto brama,
aferrado al timón como a un escudo.

Mas si retorna con la luz de Osiris,
trae en mil peces de bruñida escama
multiplicado i prisionero el iris.

Impudicicia

No del espejo yá la lumbre pura
basta, señora, a tu capricho ardiente;
ni contemplar en escondida fuente,
como Narciso, tu gentil figura.

Tan engreída estás de tu hermosura
que vas, sin miedo a la curiosa gente,
a bañarte en el Lago transparente
luciendo tu beldad sin vestidura.

Quizá tienes razón. Aunque alardea
la multitud de austera i de cristiana,
aun está sobre el trono Citerea:

Venus reina doquier, antes que Diana;
se aplaude más el triunfo de Frinea
que el pudor calumniado de Susana.

Divagación

A Manuel Díaz Rodríguez.

Azul el cielo de la noche; el Lago,
azul también; arriba, las estrellas;
i en el cristal, reproducidas ellas
como en un sueño misterioso i vago.

Gozo en mi barca leve el doble halago,
la doble gracia de las luces bellas:
millón de astros i millón de huellas
que iluminan la senda en que divago.

El cielo es como el Lago: en níveos tules
de la espuma copió los alabastros....
i finge tal mi mente pensativa,

que bogo entre dos lagos siempre azules,
que voi entre dos cielos llenos de astros,
o hai un cielo a mis pies i un lago arriba.

Isla de Toas

A Teófilo Leal.

Fragmento de ciclópea arquitectura
que, entre la convulsión de un cataclismo,
su dorso retorció sobre sí mismo
cual encima de un potro de tortura;

esa Isla de trágica figura
es la expresión de un viejo simbolismo:
Luzbel incorporado en el abismo
como queriendo recobrar la altura.

Tal, en la sombra, el milenario monte...
Mas cuando el sol, subiendo al horizonte,
su lumbre riega de esplendores rica;

es entonces un tren, de ímpetus lleno,
que entra del Lago en el profundo seno
i que, luégo de entrar, se petrifica.

Luz solar

A Rafael Silva.

El sol se eleva hacia la azul rotonda
por cima de las palmas; sus destellos
esparce en hilos mil, como cabellos
de crencha de mujer, profusa i blonda.

Cuaja su luz diamantes en la onda;
pinta sobre la flor matices bellos;
llama a los nidos i despierta en ellos
al pájaro dormido entre la fronda.

Da visos al insecto; da sutiles
reflejos a la piel de los reptiles;
brinda a una charca ruin su refulgencia....

I la imagen del sol entre la charca,
es cual un ojo escrutador que abarca
el fondo criminal de una conciencia.

El junco

A Pedro César Dominici.

Por entre linfas de murmurio vago
su caña un junco solitario empina,
como si fuese aguda jabalina
tendida al cielo en rencoroso amago.

Mas al impulso del ligero halago
con que le mece el aura matutina,
el cimbreante vástago se inclina
sobre el espejo de zafir del Lago.

A modo, entonces, de encorvada pluma,
humedece su vértice en la espuma
que bulle en torno con pausado giro.

I al aliento fugaz de la mañana,
cifras dibuja de intención arcana
del terso Lago en el azul papiro.

Bosquejo

-Ranchería de Santa Rosa-

A Manuel S. Pichardo.

Parece que este día el sol madruga
por verse en el azul Coquibacoa,
dormido aún, como arrollado boa
que en lento despertar la piel arruga.

Como invertida concha de tortuga
se interna en el manglar ancha canoa;
i debajo de cada barbacoa
saltan los peces en brillante fuga.

En el fondo sin luz de una barraca
un indio de temible catadura
yace tendido en indolente hamaca.

I, sentada al umbral, gentil guaricha
entre sus dientes el maíz tritura
que hará más luégo fermentar la chicha.

Visión Pagana

–Laguna de Sinamaica–

A Carlos E. Díaz.

En tanto el sol, que aun en las ondas riela,
la tarda vuelta hacia el hogar le avisa,
leñadora aborigen improvisa
de un arbusto yá en flor rústica vela.

Después, como ave que asustada vuela,
en su curiara, a impulso de la brisa,
corta las dulces aguas en que aprisa
se va tejiendo por detrás la estela.

Atraviesa la plácida Laguna
bajo el florido arbusto, como una
virgen del bosque de belleza extraña:

dríade, acaso, del pagano rito,
que huyendo va con su árbol favorito
del sátiro que acecha en la montaña.

Noche veneciana

A Alejandro Carías.

Estrellas, como diamantes;
luna llena sin neblinas;
i en las ondas cristalinas
seis botes, cestas flotantes.

Surgen canciones galantes,
brindis, risas argentinas,
i acordes de bandolinas,
de guitarras i discantes.

Luces, notas, cantos, risas,
fragancias, rumor de brisas,
que riega la noche ufana

sobre las ondas de seda:
una noche veneciana....
en la Venecia de Ojeda.

Conjuro

A Florángel Trujillo.

De la lluvia, asaz molesta,
cada hilo es daga fina;
el viento se arremolina,
el Lago ruge i protesta.

Tras de elevada colina
cae el sol: purpúrea testa
arrojada en ancha cesta
a un golpe de guillotina.

La tarde se envuelve en lutos.
Diez cuervos -como azabaches-
vuelan, graznan. I los frutos

agrupados del cocal,
fingen cabezas de piaches
conjurando el temporal.

Idilio matinal

A Pedro Arismendi Brito.

Llegó con las doradas palideces
del alba, el pescador. En la ribera
le aguardaba su joven compañera,
pálida de ansiedad como otras veces.

Alzaron juntos fervorosas preces;
echaron luégo, del cayuco fuéra,
sobre tiernos cogollos de palmera
pródiga carga de sabrosos peces.

I cuando el sol en el oriente brilla,
i en las nubes, las ondas i las ramas,
riega de su fulgor la maravilla;

gustan de ver que a las solares llamas,
resplandecen las conchas de la orilla
i se truecan en iris las escamas.

El fantasma del Lago

A J. A. Gonzalo Salas.

En esas noches en que luna exigua
velada en nubes de contorno aciago,
su anémico fulgor pone en el Lago
i el verde de las palmas amortigua;

de férreo buque la armazón antigua,
negro vestigio en soledad i estrago,
casi hundida en las ondas, miente el vago,
el medroso perfil de una estantigua.

Finge mortaja de diluido electro
la palidez lunar sobre el espectro,
que el pueblo excusa de temor henchido.

I orillas de la tétrica Laguna,
los perros que le ladran a la luna
rompen, al verlo, en lamentable aullido.

La serenata

A Max. Guevara.

Del balcón solitario de la quinta
enflorecido por Abril el mago,
breve pincel lunar con tinte vago
trémula blonda en el alféizar pinta.

Suena abajo una voz suave i distinta,
mientras de una guitarra el dulce halago
junta sus melodías en el Lago
a los murmurios de la onda encinta.

Nadie viene al balcón.... Entre la fronda
del barandal florido se recata
del reflejo lunar la casta blonda.

I suspirando por la novia ingrata,
en alas del terral, sobre la onda,
se extingue la llorosa serenata.

Llamando al viento

A J. M. Agosto Méndez.

Noche de calma importuna.
Noche en sombras i sin viento.
Ni un astro en el firmamento;
ni un rumor en la Laguna.

Dos luces el barco lento
enciende en la noche bruna;
roja, a barlovento, una;
otra, verde, a sotavento.

Preludian su sonsonete,
de raro en raro, los grillos;
vela el patrón.... I el grumete,

sentado en la batayola,
llama al viento, a dos carrillos
soplando su caracola.

Labor lacustre

A Leopoldo Torres Abandero.

Antiguo barco herido de carcoma
yace bajo el cocal, a la manera
de un enorme caimán que en la ribera,
maltrecho i moribundo, se desploma.

Desde que el alba sobre el Lago asoma
hasta que muere el sol, falange obrera
el viejo buque en reparar se esmera
que pudrió el agua i perforó la broma.

I en tanto que en su múltiple tarea
cepilla el fondo, la juntura embrea,
templa la jarcia, apiña los remates....

golpes de mazo, ruido de formones,
se mezclan al rumor de las canciones
que entonan los alegres calafates.

Lejos del hogar

A F. Domínguez Acosta.

Con duro pedernal inicia llama,
a golpes de eslabón, en blanda yesca,
i el fuego aviva en playa pintoresca
con los despojos de reseca rama.

I en tanto que en el fóculo se inflama
el haz de leños bajo el aura fresca,
un pargo en flor –trofeo de la pesca–
con su cuchillo el pescador escáma.

Lo adereza a su amor; lo tiende al fuego;
ricos bananos en que el oro brilla
echa, desnudos, a las brasas luégo.

Cuece el polvo de Arabia en jarro bruno;
i, palmas por mantel, gusta en la orilla
satisfecho i en paz su desayuno.

Abordaje

A Telésforo Perís.

Lleno el velamen de brisa
en los mástiles enhiestos,
dos lanchas –rumbos opuestos–
se acercan, corriendo aprisa.

Se oye un alerta que avisa
el peligro. Ágiles, prestos,
los nautas van a sus puéstos
en maniobra improvisa.

Choque. Confusión. Espanto.
Saltan los baupreses, rotos;
se enredan jarcias i linos;

i de mujeres en llanto
se confunden con los votos,
los ternos de los marinos.

Bajo el temporal

A Juan Santaella.

Opone el Lago en líquida balumba
a la intrépida quilla su oleaje,
que ora se yergue con furor salvaje,
ya cual vencido monstruo se derrumba.

Ni una estrella en el cielo ni un celaje:
hai en la noche obscuridad de tumba;
i bajo el viento que en las jarcias zumba
se oye crujir el múltiple cordaje.

Salta la lluvia en alteradas gotas
sobre cubierta, como lanzas rotas
contra acerado arnés o duro yelmo.

Rimbomba el trueno en la extensión lejana;
i sobre el mastelero de mesana
su fantástica luz pone Santelmo.

El retorno

A Emiliano Hernández.

Singla la nave en la extensión desierta.
Entre las sombras su perfil ensaya
la Isla de los Toas: atalaya
que erige frente al mar el Lago alerta.

Retorna el barco a la nativa playa;
i contemplo, hacia el Sur, desde cubierta,
la luz del Faro, intermitente, incierta,
del horizonte en la perdida raya.

Se precisan, a proa, resplandores....
vívidos focos.... torres coloniales....
chimeneas.... esbeltos miradores....

I la urbe después, dormida, a solas,
bajo el dulce rumor de sus cocales
i al arrullo perenne de sus olas.

La Oración de la tarde

A Gonzalo Picón Febres.

Riega la luz los últimos carmines
de su paleta, en el cerúleo raso;
en cada nube –florecido vaso–
alternan con las rosas los jazmines.

Adelanta la nave entre motines
de olas que enciende el resplandor de ocaso,
i lanzan sorprendidos, a su paso,
surtidores de espuma los delfines.

La noche avanza de misterios llena;
su ruedo el sol descansa sobre el monte,
como en el Cáliz de oro la patena.

I del bajel la dotación sencilla,
vuelta la faz al límpido horizonte,
piensa en Dios, se descubre i se arrodilla.

Flores de Invierno

Aun giran pardas nubes por el cielo;
aun está mudo i solitario el nido,
escueto el bosque, el pájaro aterido,
el sol confuso i sin calor el suelo.

Mas, en la playa, indiferente al duelo,
cuando de verde pompa no vestido,
cual nuncio del Abril yá presentido
ostenta sus botones el ciruelo.

Así también los fúnebres cendales
vistes aún de la viudez austera;
mas sonríen tus labios de corales.

I esa sonrisa, al resbalar ligera,
me recuerda las flores invernales
que anuncian la cercana primavera.

Brindis

En una comida de campo

No por la diosa ni el garzón divino
que en los paganos cercos estelares
sirven a Jove olímpicos manjares
i luminosas cráteras de vino:

Por ti, la de semblante peregrino,
mas bella que la Hija de los mares,
Hebe de estas orillas i palmares
que en perlas baña el Lago marabino.

Por ti mi vaso, ante el risueño coro
de mancebos galantes, i mujeres
con piel de vivo rosicler de icaco

Por ti, que traes al festín sonoro
los ricos dones de Vertumnio i Ceres,
la miel del Hibla i el licor de Baco.

Tesoro Tropical

A R. Benavides Ponce.

Llega el bajel desde remota orilla,
henchido el seno por copiosa suma
de tropicales frutos, que la arruma
desborda, en el vaivén, por la escotilla.

Mas adelanta con ligera quilla
sobre las ondas, cual si fuese pluma,
alzando en torno alborotada espuma
que bajo el sol de la mañana brilla.

También la carga bajo el sol destella:
cañas de limpia miel, mazorcas de oro,
verdes bananos, piñas carmesíes....

I así es la nave de un Simbad, que en ella
conduce a su país áureo tesoro,
diamantes, esmeraldas i rubíes.

EN LA SELVA

La selva

A Pedro Emilio Coll.

Espesos bosques de árboles bravíos
entrelazan sus frondas seculares,
henchidos de rumores i cantares,
llenos de florecientes atavíos.

Caños sonoros que simulan ríos,
ríos soberbios que parecen mares,
cruzan por entre islas de manglares
fertilizando montes i plantíos.

Arriba, insectos mil, aves parleras;
adentro del jaral, pintadas fieras;
en la hojarasca, gigantescos boas;

i por la red fluvial llena de arrugas,
canoas con aspecto de tortugas
i saurios a manera de canoas.

Fiesta matinal

A M. V. Ovalles.

La selva, sacudiendo su quebranto,
de su clámide negra se desnuda:
la selva –ida la noche– es como viuda
que despierta al placer con nuevo encanto.

El sol la viene a visitar en tanto,
la envuelve en luz, rendido la saluda;
i en un beso de amor –caricia muda–
le enjuga de la faz el postrer llanto.

Abre otra vez la selva sus salones:
fieras, insectos, pájaros glotones,
de gala acuden a la alegre fiesta.

I en un ambiente de fragantes olas,
danzan los ríos, beben las corolas,
la luz es risa i el follaje orquesta.

Plantas acuáticas

A Bernardo Jambrina.

Llegan, se unen, giran.... i en la obscura
superficie del río el grupo avanza,
sereno, majestuoso, a semejanza
de un viejo galeón en miniatura.

Sugiere cada hoja la figura
de un corazón abierto a la esperanza;
los vástagos en flor, puntas de lanza,
aceros de conquista i de aventura.

Vibra i flamea volador enjambre
de púrpura i de oro en cada estambre,
como breves banderas españolas.

I un pajarillo de jubón de seda,
marcha en la nave, como Alonso Ojeda,
en pos del Lago de cerúleas olas.

El boga

A Jacinto Añez.

Charlaban en la nave los peones,
mientras iban hundiendo sus palancas
en el rojo tapiz de las barrancas
i del río en las verdes ramazones.

Apareció un caimán.... —De esos bridones
en más de una ocasión domé las ancas;
un boga dijo, i respondieron francas
carcajadas de burla a sus razones.

Echose el boga en el raudal sereno;
se aproximó al caimán; i.... de repente,
con su guayuco improvisando un freno,

de la temprana luz al rayo tibio
se le vio cabalgar por la corriente
sobre la espalda del rugoso anfibio.

Concierto salvaje

A Moisés Azancot.

En las ramas de un árbol corpulento
que a orillas del raudal su tronco baña,
micos de rojo vello i faz huraña
fingen columpios a merced del viento.

Uno, senil, de quejumbroso acento,
ulula en la quietud de la montaña;
i en variantes de voz ronca i extraña,
al grito gutural responden ciento.

Otros ciento después.... Toda la turba
con aullidos selváticos perturba
del bosque virgen los dormidos senos.

I remedan los múltiples clamores,
un concierto salvaje de tambores
o una invasora multitud de truenos.

De caza

A Emilio Constantino Guerrero

De pies, casi desnudo, en una estrecha
curiara, se desliza por el río,
dejando atrás el viejo caserío
donde su choza está, de palmas hecha.

El indio va de caza: el indio acecha
las claras linfas i el manglar sombrío,
mientras su mano con destreza i brío
tiende en el arco la enhestada flecha.

Un cardume voraz, alzando espumas,
del hondo abismo la corriente altera;
vibra el arma fatal ornada en plumas...

I al sacudir los monstruos sus cien colas,
surge un hervor de sangre, cual si hubiera
estallado un volcán bajo las olas.

Los amores del río

A G. Trujillo Durán.

Bajas desde las cúspides apriesa,
i del tendido bosque en el regazo,
con tu sesgo raudal tejes un lazo
tal como un boa al envolver su presa.

De súbito una Isla se atraviesa;
otra, i otra después.... Tú, en breve plazo,
las vas ciñendo con lascivo abrazo,
i tu lujuria de don Juan las besa.

Cuando llegas, formándote recodo
quieren las Islas detenerte, a modo
que a un gallardo sultán sus concubinas....

Mas tú, que las olvidas úna a úna,
marchas en pos de tu gentil Laguna,
en cuyo seno azul la frente inclinas.

Mediodía

A José Santos Chocano.

El río, bajo el sol, finge una placa
pulida i luminosa: reverbera.
Duerme un caimán al pie de una palmera;
tendida en el manglar rumia una vaca.

La verde fronda, con vaivén de hamaca,
se inclina perezosa en la ribera;
ni un ave cruza la incendiada esfera,
ni un ruido en la espesura se destaca.

Calcina el sol. Pero la indiana gente
asida al remo, en contra la corriente,
bogando va bajo la inmensa fragua.

I así, sobre la paz del mediodía,
se eleva la monótona armonía
que improvisan los remos en el agua.

Tomando el sol

A F. Jiménez Ocanto.

Goza el viejo caimán de los urentes
rayos de la canícula; reposa,
abierta la garganta cavernosa,
donde la luz del sol cae a torrentes.

Al peligroso trance indiferentes,
dos pajarillos de plumaje rosa
entran en ese abismo: húmeda fosa,
que guarda un cerco de aguzados dientes.

Mas como alcanza que en sus fauces toscas,
de un enjambre parásito de moscas
hacen festín los pajarillos bellos;

en su falsa piedad de cocodrilo,
el viejo aligator sigue tranquilo
tomando el sol i sin curarse de ellos.

Escarlata

A Luis Tablanca.

El tigre vino de la selva obscura
hasta el manglar, su antiguo abrevadero:
rugió tres veces, i el rugido fiero
tres veces resonó por la espesura.

Ancho caimán de negra catadura,
a modo de un lámina de acero,
alzó en el río su perfil severo
frente al manglar cubierto de verdura.

Le vio la fiera i se lanzó en el río;
en dirección hacia el manglar bravío
movió el anfibio su cabeza chata:

El duelo fue mortal, bajo las frondas,
cabe la orilla.... i las revueltas ondas
diluyeron un rojo de escarlata.

Río rebelde

A R. Arévalo González.

Comprendo que oro i piedras desmenuces,
que árboles tronches e iracundias hayas,
mientras desde las cumbres a las playas
tu impetuoso raudal echas de bruces:

Vas a morir, bajo las rojas luces
de la tormenta; i porque absuelto vayas,
el dios del temporal con ígneas rayas
signa tu frente, cual si fueran cruces.

Vas a morir; pero rebelde a todo
rito de redención, la paz rechazas
sobre tu lecho de pedrusco i lodo.

I así, rebelde, en tus soberbias locas,
escupes en espumas amenazas,
troncos cercenas i taladras rocas.

El cuervo-aguja

A Eduardo López B.

Por el río, a favor de la corriente,
con la sagaz pupila en acechanza,
el cuervo-aguja silencioso avanza
sin agitar la linfa transparente.

Oculto el cuerpo en el cristal, que miente
del celeste plafón la azul semblanza,
apenas si del río en la bonanza
su cuello ondula igual que una serpiente.

Joven guajiro, que también acecha,
tiende en el arco vibrador la flecha
i al ave apunta cuya muerte fragua.

Mas cuando el arma vuela, el cuervo-aguja
con viva rapidez se somorguja,
i esquiva el golpe sacudiendo el agua.

Pelícanos

A. Juan B. Bessón.

Bajo un limpio crepúsculo de gualda
mueve el río su linfa luminosa,
mientras la selva, cual propicia diosa,
con orquídeas i juncos le enguirnalda.

De nudoso caimán sobre la espalda
falange de pelícanos se posa,
como gigantes pétalos de rosa
que caen sobre un tronco de esmeralda.

Finge el caimán un barco en la corriente;
de su plumón la púrpura luciente
tiende la tropa, como vela henchida;

i al sumergirse el monstruo en las suaves
linfas, el rojo vuelo de las aves
abre en el éter sanguinosa herida.

Nocturno

A Elías Sánchez Rubio.

No brilla en el espacio estrella alguna,
ni un cocuyo fugaz al bosque umbrío
presta su luz.... La noche en el vacío
desenvuelve su clámide importuna.

El viento, como un ave sin fortuna,
suspira en el manglar; i el hondo río
se aleja con medroso murmurío
bajo el misterio de la noche bruna....

De pronto, en el follaje, tiembla una
cinta de plata; en el raudal bravío
copia su faz anémica la luna.

Se insinúa a distancia el caserío;
i va una balsa en pos de la Laguna,
cual un saurio monstruoso, hendiendo el río.

Música indiana

A M. Urbaneja Achelpohl.

Tenue fulgor de luna el bosque baña,
discurre el río silencioso, lento,
i se ve a la distancia el lineamiento
i la trémula luz de una cabaña.

Tan solemne quietud la selva entraña,
que, entre la fronda aletargado el viento,
ni un rumor interrumpe ni un acento
el sueño penumbral de la montaña.

De repente un botuto, en el bohío,
la paz rompiendo que en la noche existe,
su són dilata de la choza al río.

I al cruzar por la atmósfera serena,
es su lamento prolongado i triste
como si se quejase un alma en pena.

Confluencias

A mi esposa.

Yá que vienes conmigo hasta el regazo
virgen i turbador de las florestas,
donde se abren al sol copas enhiestas,
donde más de un raudal simula un trazo:

¡míra cómo de márgenes opuestas
dos árboles se juntan en un lazo!
¡vé cuál se funden, como en un abrazo,
esos dos ríos de espumosas crestas!

Así los dos: por cima de las ondas
de la humana corriente, nuestras vidas
se enlazan cual se enlazan esas frondas.

Que el tiempo ni la muerte las separe,
tal como corren a morir unidas
las linfas del Sucui i del Guasare.

Palmeras en exilio

A Elías David Curiel.

En una isla de manglares, solas,
de sus lacustres compañeras lejos,
se miran con tristeza en los espejos
que miente el río al serenar sus olas.

Prende la luna tristes aureolas
–luz de piedad– en sus airones viejos,
que ondulan a los pálidos reflejos
como un haz de vencidas banderolas.

I en tanto que los vientos de la cumbre
arrancan honda i funeral quejumbre,
cual de un roto laúd, de cada tallo;

figuran en la isla sus siluetas
un grupo de románticos poetas
que sufren de Platón el rudo fallo.

Puente viejo

A Leopoldo Díaz.

De orilla a orilla, en tiempo yá remoto,
tendió el indio la tosca arquitectura
de un puente, sobre el río, en la espesura
virgen i montaraz de un amplio soto.

Debajo dél, en bélico alboroto,
el soberbio oleaje se apresura,
sin conmover la escuálida figura
del viejo puente, carcomido i roto.

Sufre, pero no ceja. Acaso el puente,
al impulso invasor de la corriente,
años de años, sin caer, resista:

como símbolo allí de aquel denuedo
con que la raza resistió sin miedo
al impulso invasor de la Conquista.

Homenaje

A F. Jiménez Arraiz.

La balsa como un ave gigantesca
por sobre el río trémulo resbala:
el tosco lino, que parece un ala,
henchido al soplo de la brisa fresca.

Giran en torno en bulliciosa gresca
linfas i espumas; i en divina escala,
pájaros mil de policroma gala
cantan sobre la margen pintoresca.

Leda la brisa en el turgente lino,
lisonjero el raudal, variado el trino....
todo le rinde múltiple homenaje.

Porque en la balsa que al confin se aleja,
en plática de amor feliz pareja
teje un idilio eclógico i salvaje.

Tren en marcha

A Rafael Belloso Rincón.

Por el camino que en la selva adusta
a modo se abre de una inmensa herida,
avanza el tren como corcel sin brida
urgido a un tiempo de acicate i fusta.

Se estremece a su paso la robusta
ceiba: huye el ave con medrosa huída;
hasta la fiera, oculta en su guarida,
oye el rumor i del rumor se asusta.

El tren avanza, i su cimera de humo
–roja cual el cogollo del orumo–
ora se tienda o cual reptil se enrosque,

simula al ondear entre el follaje,
el penacho de plumas de un salvaje
que va de fuga por mitad del bosque.

Hora invernal

A Luis Churión.

El viento azota el bosque de repente,
i su paso, del bosque en la techumbre,
finge largo rumor de muchedumbre
que en torno a un redondel bulle impaciente.

Relámpagos de llama intermitente
semejan capas rojas en la cumbre;
i con la espuma, bajo aquella lumbre,
chaquetas i mantillas la corriente.

La lluvia con redoble de timbales
repercute, al caer, en los tendales
hechos de frondas, del boscaje ameno.

Una racha es clarín; un rayo brilla:
i al estallar la ardiente banderilla,
simula un toro mugidor el trueno.

Duelo

A Julio Calcaño.

El toro en la alta noche condenado
a morir del peón bajo el acero,
dejó al caer, orillas del sendero,
una felpa de púrpura en el prado.

Cuando mostró en oriente el sol dorado
de su tesoro el resplandor primero,
guiaron los pastores al estero
herboso i florecido, su ganado.

Fue cada res al charco purpurino:
la sangre olfateó; rompió en lamentos
de triste vibración por el camino;

i bajo el cielo recamado de oro,
se estremeció la selva a los acentos
roncos i extraños del doliente coro.

Fauno criollo

Llegó hasta el carrizal cuando el tesoro
de la naciente luz, cual un hechizo,
caía entre las frondas i en el rizo
azul espejo del raudal sonoro.

Hollando firme con el pie se hizo
una amplia senda entre el movible coro
de verdes juncos i penachos de oro;
sacó el acero i mutiló un carrizo.

Labró después en acordada hilera
seis huecos en la caña, a la manera
de una siringa de ignorados sones.

Sopló la flauta, i a sus tonos suaves,
pareció que las linfas i las aves
suspendían su curso i sus canciones.

El crótalo

A José Ramón Yepes Trujillo.

La joven india a quien la tribu nombra
Lirio del bosque, por su dulce gracia,
buscó, en la siesta, familiar acacia
i del ramaje se durmió a la sombra.

Sierpe bilingüe, que a su paso escombra
del césped otoñal la yerba lacia,
erige el cuello, la pupila espacia
i se desliza por la agreste alfombra.

Se arrastra hacia la india, sin premura;
sube en acecho hasta la tosca urdimbre
que guarda el seno de la virgen pura;

hinca el diente mortal sobre claveles,
i con airosa ondulación de mimbre
sacude sus sonantes cascabeles.

A María Toledo

-Tarde de otoño-

En hora buena al corazón viniste
del bosque solitario. Van sin cuento
las hojas arrastradas por el viento,
galas de que la selva se desviste.

A la agonía de la luz asiste
un crepúsculo raro i macilento;
mas tu presencia aquí, me da contento,
me ensancha el alma, aunque el otoño es triste.

Tú eres la Juventud: la que convida
a la dicha, al amor; tus dones viérte
en la aridez del bosque ensombrecida.

Naturaleza gime, el alma es fuerte:
entonémos el canto de la vida
donde hai silencio i soledad de muerte.

Visiones inversas

A S. Key Ayala.

El hacha del gañán con golpe fuerte
abrió en el tronco penetrante herida,
i el árbol secular de copa erguida,
rendido al hacha, desplomose inerte.

Tal vez surjan de allí por igual suerte
un tosco mástil i una cruz pulida;
tal vez un barco, símbolo de vida,
i un ataúd, emblema de la muerte.

Acaso el ataúd sea un navío
que, por mástil la cruz, halle su puerto,
libre de daño, en el sepulcro frío.

I en tanto, hundidos por tormenta grave,
acaso finjan en el mar desierto,
el mástil, cruz, como ataúd la nave.

Danza guajira

A Federico Uhrbach.

Pára en la hacienda el tráfago del día;
i al entregar la tribu sus labores,
con chumbes i refajos de colores,
a su modo salvaje, se atavía.

Después, en la cercana ranchería,
resuenan papayeros i tambores,
semejando los ecos vibradores
un iracundo mar bajo la umbría.

La tribu forma cerco; i al instante,
suelta pareja, en danza extravagante,
se estrecha, huye, retrocede, gira....

I no cesa la danza bulliciosa
hasta que el indio, a quien su dama acosa,
rueda a los pies de la gentil guajira.

Sugestión

A Eliseo López.

Ayer leía a Chateaubriand: leía
la muerte del postrer Abencerraje,
a la hora en que el último celaje
vela la faz del sol en agonía.

El libro abandoné cuando venía
la noche triunfadora en su carruaje
de sombras. En el próximo boscaje,
enfrente de mi choza, la armonía

de las aves cesó; durmiose el viento;
colgó un cuarto de luna el firmamento
sobre la selva, cual un garfio de oro....

I así, la selva sugiriome una
falange de segríes; i la luna,
la hoz sangrienta de un alfanje moro.

La fuga

—

A J. F. Arreaza Calatrava.

Escapó con sigilo de la hacienda,
por huír las fatigas del trabajo,
cuando el pueblo a sus chozas se retrajo
i retirose el jefe a su vivienda.

Atravesó la solitaria senda
en pos de la barranca hendida a tajo,
i se fue río abajo, río abajo,
sobre el tronco flotante de una penda.

Era un esclavo que en perenne duelo
sufrió de un caporal el yugo impío:
pensó en la huída, i, a colmar su anhelo,

aunque era noche plácida de estío,
se ocultaron los astros en el cielo,
cómplices de su fuga por el río.

La caza del corzo

A J. I. Vargas Vila.

Por oculta vereda, entre maraña
de verdes juncos i pintadas flores,
en silencio los indios cazadores
van hacia un claro abierto en la montaña.

Percibe el corzo allí, que en luz se baña
de un sol canicular, leves rumores;
i fiando en sus remos voladores,
huye hacia un bosque de silvestre caña.

Mas la turba le acosa i precipita,
de soto en soto, hacia la trampa obscura
de un lago de betún que al sol crepita.

I al dar el corzo en él con rudo salto,
se queda, cual inmóvil escultura,
de pies hundido en el hirviente asfalto.

Lucha salvaje

A Juan José Churión.

Cuando tras de los árboles copudos
de la jauría audaz vibran los ecos,
abandonan los báquiros sus huecos
que en troncos labran de salientes nudos.

Hai gritos en la selva; choques rudos;
crujir de hojas i de ramos secos;
i girones de piel, cual rojos flecos,
cuelgan de los colmillos puntiagudos.

En el encono de la lid salvaje,
eriza la manada su pelaje
i hediondo almizcle de su espalda brota.

Mas cuando el trueno del fusil estalla,
rompen los cerdos la silvestre malla
con un tropel de ejército en derrota.

Abrazo mortal

A Luis Rosado Vega.

En el bosque, a la sombra de un jabillo
que tiende al cielo su florido encanto,
un boa gigantesco sobre el manto
de césped en verdor trenza un ovillo.

Al dar con él, inquieto cervatillo
se pára como en éxtasis, en tanto
mira i mira con órbitas de espanto
al boa inmenso de cambiante brillo.

En vano querrá huír: en torno siente
vaho hipnotizador.... De la serpiente
la siniestra espiral se desenrosca:

se acerca al cervatillo; en lazo rudo
le envuelve; i se oye, al estrecharse el nudo,
crujir de huesos en la selva fosca.

Remedio heroico

A César Zumeta.

Atento a su labor el rudo indiano,
a golpes iba de tajante acero
despejando de brozas el sendero
que a la choza conduce por el llano.

De súbito, a la orilla de un pantano,
donde acechaba el paso del viajero,
saltó una sierpe i el colmillo artero
clavó del indio en la siniestra mano.

El indio con violenta sacudida
lanzó el reptil: se dilató la herida;
levantó pronto fuego en la espesura;

i sin un gesto de dolor siquiera,
con un tizón de la flagrante hoguera
cauterizó la abierta mordedura.

Ciervos rivales

A Ismael Urdaneta.

La frente en alto, la pupila roja,
orilla se hallan de dormido charco,
donde la yerba, que le finge marco,
mecida al viento su esmeralda moja.

Uno al otro colérico se arroja,
i, bajo un sol de otoño en luces parco,
cruzan las astas múltiples en arco
cual una ramazón desnuda de hoja.

Cejan, se encaran, tornan, los traseros
cascos afirman, se levantan fieros,
de nuevo el choque sus testuces trama:

i al fin, cansados de la lid violenta,
se desploman los ciervos en la grama
presos por la enredada cornamenta.

Acecho i muerte

A Alejandro Fuenmayor.

Camina hacia el aprisco, lentamente,
bramando satisfecha la vacada,
tras el fiero padrote de enarcada
punta, que erige en la vistosa frente.

Audaz felino de aguzado diente,
de zarpas rudas i feroz mirada,
de un árbol en la copa enmarañada
acecha el paso de la grei mugiente.

Yá cerca el semental, con ágil salto
el tigre se lanzó desde lo alto,
a derribarle orilla del camino.

Mas levantando con gentil decoro
la hercúlea frente, el avisado toro
sobre las astas recibió al felino.

Palomas blancas

A Matilde H. de Negrón.

Juntas huyeron de la selva –acaso
por anuncio feliz del eco breve–
cuando en acecho el cazador aleve,
la hojarasca otoñal crujió a su paso.

Mientras del día entre el fulgor escaso
la niebla del crepúsculo se mueve,
allá van, como triángulo de nieve,
con temeroso vuelo hacia el ocaso.

Allá van las palomas –ilusiones
que espantó el desengaño– a otras regiones:
honrando, al agitar sus abanicos,

de aquella hora las dolientes brumas
con el rojo escarlata de sus picos
i el armiño inviolado de sus plumas.

Encuentro

A María Yepes Trujillo.

Con miradas curiosas escudriño
las dos cisternas de sus ojos bellos,
como anhelando sorprender en ellos
su alma infantil, su corazón de niño.

Cuando me acerco más, cuando le ciño
con guirnalda de juncos los cabellos,
miro en su faz más rosas i destellos
que matices i flores en su escriño.

Virgen en pubertad, sin más amores
que el río, que las aves i las flores,
en el linde la hallé de la montaña.

I aunque surge en mi espíritu travieso
un erótico afán, sin darle un beso
partir la dejo en pos de su cabaña.

Idilio trunco

A Manuel González Herrera.

Eran dos soñadores guacamayos
en la copa de un árbol del camino:
ella, esmeralda en el plumaje fino;
él, todo un iris de matices gayos.

Se acariciaban a los tibios rayos
de un sol crepuscular, sol purpurino
que regaba el paisaje vespertino
como con rosas de proficuos mayos.

Él con el corvo pico, abierta el ala,
le rizaba el plumón.... Certera bala
interrumpió el idilio de repente.

I la esmeralda del plumaje fino
a confundirse en el sendero vino
con las rosas de sangre del Poniente.

Justicia

A Marcial Hernández A.

Monos rapaces, de lejano luco
vinieron silenciosos i en hilera,
sin que su leve andar crujir hiciera
ni seca hoja ni senil bejuco.

Mico guardián, de un cotopriz caduco
trepó con firme planta a la cimera;
i la cuadrilla audaz por la ladera
descendió a los maizales del conuco.

En medio del asalto a las espigas
lluvia mortal de balas enemigas
cayó sobre la hueste de improviso.

I después de la fuga, en el boscaje,
vengaron la sorpresa i el ultraje
en el guardián que silenció el aviso.

El perro del pastor

A Silfredo E. Flores.

Apenas salen del aprisco amado
retozonas i alegres las ovejas,
la cola agita, enarca las orejas,
ladra i azuza al balador ganado.

No da tregua a su afán ni a su cuidado
si tú, Salicio, a su inspección las dejas
i a reposar te vas so las añejas
ceibas, por el bochorno fatigado.

Él la sigue doquier i la importuna,
si sorda al eco de la aguda esquila
queda en el campo rezagada algúna.

I de lobo rapaz, de mano extraña,
en las obscuras noches las vigila
mientras duermes tranquilo en tu cabaña.

Suicida

A Carlos E. Villanueva.

Pérfido anuncio en realidad sombría
trocó del indio la tenaz sospecha:
en el sigilo de cabaña estrecha
su indiana en brazos del rival dormía.

Cruzó el guajiro desusada vía,
se aproximó al canei, abrió una brecha,
el arco aparejó, lanzó la flecha,
i sonrió con satánica alegría.

Volvió a la hacienda.... (Las jugosas cañas
al caer del trapiche en las entrañas,
rumor alzaban de sedosas telas.)

I, mudo, bajo el techo de palmiche,
con firme paso se acercó al trapiche
i dio su vida a las voraces muelas.

Collar viviente

A R. Carreño Rodríguez.

Cruza por el maizal rico en panojas
sitibunda serpiente de piel rara,
como si fuese un hilo que ensartara
sortijas negras i sortijas rojas.

Se arrastra, haciendo estremecer las hojas,
con sesgo curso hacia la linfa clara;
mas escucha un maullido i se prepara
bajo la alfombra gris de las serojas.

Viene un gato salvaje: con presteza
la coral bicolor le salta al cuello
clavando en él la cola i la cabeza.

I allí miente un collar de extraños brillos,
donde resaltan en contraste bello
el rojo i abenuz de los anillos.

En la margen

A Demetrio Lossada Díaz.

Sin sospechar que oculto en el boscaje
van mis ojos de sátiro hacia ella,
libra de lazos la gentil doncella
de su bruno cabello el oleaje.

Después, se desenvuelve de su traje,
i, en total desnudez, la indiana bella
es cual la epifanía de una estrella
al salir de las gasas de un celaje.

Ruido de frondas me denuncia luégo;
i al sorprenderme la arrogante indiana
–el torso, erguido, las pupilas, fuego–

me acuerda el triunfo de la edad pagana,
cuando las flechas de su enojo ciego
en contra de Acteón fulmina Diana.

La tejedora

A Carlos Borjes.

Fija dos postes frente a su cabaña,
a modo de impasibles centinelas,
no lejos del raudal blanco de estelas
que simula un espejo en la montaña.

Los hilos de magüei desenmaraña
de poste a poste, en líneas paralelas;
i los trama después, como sus telas
de artística labor la diestra araña.

El sol copia su imagen sobre el río;
le ve la india en el espejo frío,
de su chinchorro tras la urdimbre tosca.

I tiembla, porque juzga en ese instante
que el sol es un arácnido gigante,
el chinchorro su red, i ella una mosca.

Tatuaje

A Julio C. Criollo.

La joven dama del cortijo era
una criolla beldad. En el cortijo,
al entrar de peón, por vez primera
la vio, i la amó con mudo regocijo.

En él, un indio, atrevimiento fuera
externar su pasión: jamás la dijo;
i aunque juzgó imposible su quimera,
mantuvo en ella el pensamiento fijo.

Por no olvidarla, con espino agudo
i roja tinta, del onoto hecha,
incrustose en el pecho un signo rudo.

I vio la criolla, acaso satisfecha,
en aquel tórax, como en un escudo,
cruzado un corazón por una flecha.

Virtud salvaje

A Leonte Olivo h.

Del hogar del colono a cada flanco
dilátase el indiano caserío;
la selva en torno, i por delante el río
revuelto en olas i de espumas blanco.

El hijo del colono sobre el tranco
de roble del hogar, mira al bohío,
que en la otra margen del raudal bravío
se yergue solo encima del barranco.

Fue allí donde la india zahareña,
de aquella choza solitaria, dueña,
ante el criollo sensual sintiose fuerte:

le golpeó la faz con ciego encono,
i por no darse al hijo del colono
buscó en el seno del raudal la muerte.

Las ranas

A Jorge Schmidke.

Mientras oculta en sombras la amarilla
luz del Poniente sus fulgores lacios,
van surgiendo en fantástica cuadrilla
del opuesto confín vivos topacios.

La luna –es plenilunio– se alza i brilla
como un sol de la noche, en los espacios,
i alumbra el amplio estero en cuya orilla
salta i croa una hueste de batracios.

Imagino que cuentan: uno, uno....
dos, dos.... tres, tres....; que todos de consuno
en una misma entonación preludian.

I me hablan sus isócronos croares
de una aplicada turba de escolares
que, aprendiendo a sumar, en coro estudian.

Visión

A Angel Gabriel Rincón E.

El indio ve que entre la noche umbría
prende un astro nomás su lumbre clara,
como si fuese un ojo que acechara
enclavado en la obscura lejanía.

Recela entonces de la luz. Prepara
del arco en el cordel flecha bravía;
i en dirección del astro que le espía
con vigoroso impulso la dispara.

En el instante en que la flecha súbe,
entre el indio i la estrella parda nube
el negro manto de sus sombras echa.

Mas surge de repente un meteoro,
i el indio mira en él la estrella de oro
ensartada en la punta de su flecha.

Medianoche

A Tulio Febres Cordero.

Medianoche. En silencio la cabaña.
Alzo la estera del canei; me asomo,
i el aire frío de la noche, como
un hálito mortal, mi rostro baña.

Ni una estrella en el cielo, ni una extraña
exhalación en el inmenso domo:
me sugiere una bóveda de plomo
sobre la austeridad de la montaña.

Sondeo las tinieblas: solamente
los cocuyos, con luz intermitente,
criban el manto de la noche obscura.

I fingen sus fugaces radiaciones,
los ojos de cien indios motilones
que fraguan un asalto en la espesura.

El incendio de la selva

A Pedro Henríquez Ureña.

Sopla Otoño su viento a dos carrillos,
cae una chispa entre las hojas secas,
i en el tronco senil i en las entecas
ramas, el fuego enrosca sus anillos.

El humo, en espiral, hila en sus ruecas
copos que tienen detonantes brillos;
i son las ramas trasgos amarillos,
monstruos que ríen con macabras muecas.

La selva en ignición se tuerce i cruje;
deja el ave el nidal, la fiera ruge,
huye la res, la sierpe se desliza....

Es el Incendio, i cual visión de Dante,
vuela al confín en su corcel flagrante
dejando atrás escombros i ceniza.

MOTIVOS

A Alfredo Arvelo Larriva

La hermana Agua

El campo, mustio; el labrador, sombrío;
sedientas planta i grei; la tierra, ingrata;
mientras el sol en llamas se desata
haciendo eterno el ardoroso estío.

Después.... del mar i del exhausto río
la niebla surge cual cendal de plata;
i sube, i se ennegrece, i se dilata
al tocar en los reinos del vacío.

Luégo, cárdena luz; restalla el trueno;
i provechosa i abundante lluvia
en hilos baja del cerúleo seno.

La grei revive; el campo se alboroza:
la planta crece: brota la mies rubia,
i el labrador de júbilo solloza.

Hora pluvial

Para Jesús Semprum.

Llueve. En la noche aterida
destella una luz arcana
su fulgor. Por la avenida
se aleja una sombra humana.

Con violenta sacudida
treme el viento en mi ventana,
i a tristezas me convida
una música lejana.

Sufro insomnio. Da las once
lentamente un viejo bronce
de la provincia medrosa.

I siento frío.... ese frío
de las almas en hastío,
de los muertos en la fosa.

¿ . . . . ?

A Alejandro Fernández García.

Desvuelve en el espacio la madeja
de sus hilos la lluvia helada, fina,
i su ruido monótono combina
misteriosas llamadas a mi reja.

Abro. A la calle recodada i vieja
vuela un largo reír de la vecina
estancia. Es risa alegre; i en la esquina,
echado contra el muro, un can se queja.

¿Por qué ríe la dama? ¿Por qué llora
el canino senil? De ella se sabe
que ferió su virtud i fue traidora.

El perro fue leal al dueño impío:
i ella es feliz i tiene lecho suave,
i él triste i sin hogar muere de frío.

Efebos de provincia

Pasan por la avenida, con intento
i dengue mujeril: cínico gaje.
Sus cabellos, en forma de plumaje,
brillan con lustre de oloroso ungüento.

En la garganta, i a merced del viento,
pañuelo lucen de bordado encaje;
i, cual plumón de alcaraván, el traje,
pintas brunas en fondo ceniciento,

Tal la pareja, con chapines blancos,
la redondez actíva de sus flancos;
de sus maneras de mujer se engríe.

I como sueña lujuriosos planes,
camina como un par de alcaravanes
i como un par de alcaravanes ríe.

Lira macabra

A Julio Flores.

Tánto lloró, porque la amaba tánto,
cuando el ángel murió de su ternura,
que el poeta en su horrible desventura
sintió agotarse en la pupila el llanto.

Víctima al fin del pertinaz quebranto
le aprisionó en sus garras la Locura;
i el mísero cantor, en noche obscura,
los muros escaló del camposanto.

Abrió la fosa amada con prolijas
angustias; i después, en breve plazo,
aserró la desnuda calavera.

Formó con diez falanges diez clavijas;
del cráneo, vientre; de una tibia, brazo;
i cordaje del áurea cabellera.

Vestigio

A B. Tavera Acosta.

Humboldt vio en la América meridional un papagayo que era el único superviviente que hablaba todavía la lengua de una tribu extinguida.

G. CANESTRINI -*Antropologia*-

Humboldt dejó las cúspides andinas,
nido del cóndor i atracción del rayo,
a donde fue sin miedo ni desmayo
a dialogar con Dios, entre neblinas.

Bajó por sobre nieve, hollando minas,
i al descender, un viejo papagayo
rompió a charlar, mirándole al soslayo,
de indiano templo en las vetustas ruinas.

Humboldt alzó la frente pensadora,
i se estuvo escuchando la armonía
del pájaro senil, hora tras hora.

Fue que del ave en la inflexión experta
el sorprendido sabio descubría
el trunco idioma de una raza muerta.

Tu musa

A Ismael Enrique Arciniegas.

Tu musa –musa casta– a la serena
región del ideal tendió su vuelo:
soñó del Rhin bajo el brumoso cielo,
i a la margen cantó del turbio Sena.

Vio al trovador gentil –bajo la almena–
de áureo jubón i obscuro ferreruelo,
dar a la amada entre el nocturno duelo
las notas de su dulce cantilena.

Rima después rondeles amorosos,
celebra en peregrinos madrigales
ensueños de ternura deliciosos.

I se pierde en las selvas tropicales,
al ruido de los plátanos hojosos
i al lejano rumor de los maizales.

Iris

A Fabio Fiallo.

Estuche peregrino de colores
que la mano de Dios volcó en el cielo;
paleta de la luz, franjado velo,
prisma que baña el sol, jardín con flores:

Das al kaleidoscopio tus primores,
matices al cristal del arroyuelo,
i al guacamayo de seguro vuelo
gemas para sus remos voladores.

La espuma en rizas pompas te refleja,
pintas del gallo i del pavón las colas,
vas en el moscardón, vas en la abeja;

cuelgas del surtidor, lustras la escama,
i con heroico orgullo te arrebolas
de mi bandera en la gloriosa trama.

A mare and her foal

-Cuadro de P. Ledieu-

A Evangelista Fernández.

Incauta bestezuela, junto al río,
en fuga loca del pesebre arranca,
i va a caer, hundida por el anca,
al hondo seno del raudal bravío.

La madre con nervioso calofrío,
sacudiendo la crin hirsuta i blanca,
corre.... corre.... i detiene en la barranca,
de su carrera el impetuoso brío.

Los remos en tensión hacia adelante,
clava sobre la hija agonizante
sus miradas profundas, intranquilas.

I de la bestia ante el dolor sin calma,
pienso de pronto que la anima un alma
i que se asoma el alma a sus pupilas.

Esquivez

Guarda tu boca –singular estuche
de púrpura i coral– rico tesoro:
risa que estalla en cascabeles de oro,
voces más suaves que oriental peluche.

No hai quien los ritmos de tu voz escuche
ni quien perciba tu reír sonoro,
sin que recuerde al turupial canoro
de arpada lengua i de rizado buche.

Pero también como el turpial huraño
que apercibe las uñas, bate el pico,
i caricias de amor paga con daño;

cuando me acerco a ti con mis ternuras,
me hieres con un golpe de abanico
o con tus finas garras me torturas.

Indecisión

Me atrae tu belleza peregrina
i temo tu desdén. Dura i hermosa,
eres como el rosal, que da la rosa
fragante i pura, mas también la espina.

De tu boca de flor, que me fascina,
sé que el enojo, como hiel, rebosa.
Así la tigre de la selva umbrosa:
lindo el pelaje i la intención felina.

Quiero en mi afán para rendirte loa
ir hacia ti, pero a la vez me arredro:
pájaro incauto al que hipnotiza un boa.

I al verte así, mi espíritu se embarga;
que si eres olorosa como el cedro,
como el cedro también eres amarga.

Tu cabellera

Sobre el cristal de tu pulida frente
pone el sol de los trópicos su llama:
tu rubia cabellera es una flama,
flama del cráter de un volcán ardiente.

Cuando se desenrosca de repente
i cae i por tus hombros se derrama,
simula un manto de bruñida trama
o el ímpetu dorado de un torrente.

Tiene la tersa suavidad del raso,
el aúreo resplandor que en el abismo
desenvuelven las luces del ocaso.

I si el viento la agita, de sus hebras
se alborota el raudal, del modo mismo
que se alborota un nido de culebras.

Paisaje

A Aniceto Serrano.

Campánulas silvestres i amapolas
alfombran de la fuente las orillas,
donde refleja el sol sus maravillas
irisando el rocío en las corolas.

Mansas ovejas retozando a solas
saltan sobre las hojas amarillas,
i en falange vivaz las avecillas
rizan el agua con sus sesgas colas.

Tardío buei dirige a la llanura
su planta perezosa; en la floresta
canta un pastor con rústico donaire.

I, a coger agua de la fuente pura,
baja robusta moza por la cuesta,
cántaro al hombro i pantorrilla al aire.

Eclógica

Mención honorífica en el primer
Certamen de "Pan i Letras"

Pruéba, Licori; pruéba, amada mía,
del pan con que te sirvo, fresco i sano:
trigo del huerto que plantó mi mano
junto a mi choza, al margen de la ría.

Vigilé su sazón día tras día,
i hoi por ti le amasé, de gozo ufano;
rayaba en el altura el sol temprano
i la hogaza como él resplandecía.

No rechaces, Licori, aunque mezquino,
el dón que ofrezco a tu gentil belleza;
primicia de mi afán de campesino.

I en pago de mi rústica fineza,
grába después el nombre de tu Alcino
de amigo roble en la vivaz corteza.

La cigarra

A Felipe Valderrama.

Voló, desde el pantano, la cigarra,
por librarse al calor del mediodía,
a do se tiende en apacible umbría
de sarmentosa vid la red bizarra.

Cantó, después, bajo la fresca parra,
i su ritmo vibrante parecía
tener esa monótona armonía
que da una sola cuerda en la guitarra.

Como en crescendo lírico i agudo
su nota dilató, con imprevista
i extraña fuerza.... hasta que más no pudo.

I así estalló, cual distendida cerda,
o como salta en manos del artista
tras sostenida vibración la cuerda.

Ofrenda criolla

A la señorita Amalia Ríos.

Allá, por las incógnitas montañas
que en mi tierra natal el sol anima,
silvestres frutas, en cosecha opima,
prosperan entre juncos i espadañas.

Yo aleccioné mi Musa en las hurañas
selvas de mi país. Déja que exprima
en el ánfora criolla de mi rima
piñas maduras i jugosas cañas.

Son mieles para ti: mientras las tomas,
ungiré tu cabello con aromas
de aquellas espesuras seculares.

I cuando su fanal la luna encienda,
te diré la romántica leyenda
de mis bosques, mi Lago i mis palmares.

Los Chorros. (Caracas)

Ocaso

El acecho es traidor.... Lenta i cobarde,
criminal que en las sombras asesina,
subiendo por el valle a la colina
viene la noche hacia la luz que arde.

Envuelto de su pompa en el alarde,
el sol, desde la esfera cristalina,
a besar el océano se inclina
en el regazo leve de la tarde.

La noche hiere al sol, que con enojo,
yá moribundo i en su sangre rojo,
hace de rayos un postrer derroche.

Los rayos abren luminosas brechas,
i son los astros el millar de flechas
con que el sol, al morir, criba a la noche.

Mi símbolo

Signo el acanto que la edad respeta,
él de Corinto el capitel precisa;
la palma para el mártir es divisa,
es símbolo el laurel para el poeta.

Ciñe el roble las sienes del atleta;
i se mecen, a impulso de la brisa,
el ciprés en la tumba de Eloísa
i el mirto en los balcones de Julieta.

Mi símbolo es humilde i es obscuro;
es ese junco en floración lozana
que, de tu reja al pie, se arraiga al muro:

Quiero ser esa rama trepadora
que asciende por el muro a tu ventana,
a llevarte sus flores con la aurora.

Flores i versos

Sacudiste colérica el ramaje
del limonero en flor; i el limonero
sacudido por ti, con un reguero
de níveas flores respondió al ultraje.

También yo sufro tu rigor severo;
i en pago a tu rigor semisalvaje,
te rinde en mis estrofas homenaje
el infinito amor con que te quiero.

Sé que hollarás también mi poesía,
como del verde limonero un día
hiciste añicos los botones tersos.

Mas es lei natural que a tus rigores
responda el limonero con sus flores,
i el bardo que te adora, con sus versos.

La bandera en San Carlos

A Pablo J. Guerrero.

Se la creería una gigantesca mariposa
fantástica, amarilla, azul i roja.

FFRNÁNDEZ GARCÍA.

Mientras la nave, cual bridón al trote,
de tumbo en tumbo hacia el confín se aleja,
i contra el mar la hélice semeja
las aspas vencedoras del Quijote;

miro en el puerto, do en fatal rebote
lanzan las olas su incesante queja,
mi enseña gualda, índigo i bermeja,
sobre el castillo del siniestro islote.

El oro tiene de la mies pomposa,
el zafir de los mares infinito,
i del ocaso la sangrienta rosa.

¡I es a mis ojos el pendón bendito,
cual una gigantesca mariposa
que vuela sobre un cáliz de granito!

A bordo del vapor «Zulia»

Náufraga

El buque en marcha, la cubierta sola,
viento del Este desacorde i frío,
i en torno de la nave el mar bravío
que la luz del crepúsculo arrebola.

Tengo una carta: la postrer corola
de un rosal de pasión muerto de hastío.
La arrojo al mar, i ese recuerdo mío
parte en la cima de una verde ola.

Tiembla i gira a los últimos reflejos
del sol, que del abismo en los espejos
dibuja el manto de invisible maga.

I aquel recuerdo póstumo se pierde
sobre la ola peregrina i verde,
como el plumón de un cisne que naufraga.

A bordo del vapor «Zulia.»

Croquis marino

Cual desbocado potro la procela
se pierde en la remota lejanía,
dejando, sobre el mar, cascos sin guía,
proras sin rumbo, mástiles sin vela.

Tras una nube pálida riela
el sol, como tras una celosía,
acaso temeroso todavía
del temporal que al horizonte vuela.

Obscuros cuervos en tendida hueste
simulan por la bóveda celeste
la perspectiva lóbrega de un arco.

I un náufrago, que flota a la ventura,
se aferra con ansiosa crispatura
a la esperanza del tablón de un barco.

En la celda del Poeta

I

Tu nombre es como un óleo....

A Mercedes Arvelo Larriva.

Tu nombre es como un óleo....
Entre la espesa
sombra de la prisión, brusco i altivo,
tu noble hermano, el trovador cautivo,
los cabellos indómitos se mesa.

Sangra su ira. Ante la suerte aviesa
desata su rencor creciente i vivo,
cual un león soberbio i vengativo
que ruge entre la jaula que le apresa.

Súbito, se detiene. De sus labios
que enardecieron cóleras i agravios,
surge tu nombre de ideal dulzura.

I tu nombre —que en ritmos se desgrana—
es como un óleo que perfuma i sana
de su rencor la ardiente calentura.

II

En la triste penumbra....

A Enriqueta Arvelo Larriva.

En la triste penumbra de la estancia
donde el poeta prisionero añora
días de libertad, con la prestancia
de su verbo que es música sonora;

en la triste penumbra de la hora
crepuscular, me cuenta de su infancia,
de su amor, de su vida -amarga ahora
i henchida ayer de mieles i fragancia.-

De tu ingenio después, de la exquisita
ternura de tus cartas, que en su cuita
él como un vino de salud escancia.

I al extinguirse el verbo del poeta,
una visión divina -tu silueta-
como viniendo a mí, flota en la estancia.

III

I me dice el hermano....

A Lourdes Arvelo Larriva.

I me dice el hermano prisionero
al hablarme de ti: —Su cuerpo iguala
al blancor de la nieve que en la escala
abrupta de los montes cuelga Enero.

Mas de sus crenchas el caudal reguero
que por los hombros túrgidos resbala,
del cuervo tiene el abenuz del ala
i la gracia ondeante de un plumero.

I me dice el encanto con que urdes
tus hilos de ilusión; i alegre evoca
tu nombre, santo i milagroso: Lourdes.

I tu nombre en mi espíritu suscita
el hondo Gave, la calada roca
i la dulce visión de Bernardita.

IV

Tristeza de la hora....

A Aura Arvelo Larriva.

Tristeza de la hora vespertina,
en la prisión. Mercedes.... Enriqueta....
Lourdes.... Cada hermanita del poeta
la ensalza él en frase peregrina.

—Aura -dice de ti- la Benjamina
de mi lloroso hogar, dulce, discreta....
I del cautivo en la palabra inquieta
honda emoción mi espíritu adivina.

—¡Aura!.... I se queda pensativo. Acaso,
de la prisión en el ambiente escaso
tu nombre le recuerda el aire puro,

el aura libre, el germinal aliento,
que no llega hasta el lúgubre aposento,
i que oye susurrar detrás del muro....

EPISTOLAS

I

A G. Trujillo Durán

Como se llevan a morir las olas
en rápido tropel hacia la orilla
de nuestro Lago azul, así, Guillermo,
las horas pasan i se van los días.
¿Será, otra vez, que las intensas llamas
que enciende el Can en la estación estiva
aminoren su ardor, caigan maduras
las hojas autumnales, i a las frías
nieblas de octubre i lluvias abundosas,
que la sed de los surcos apaciguan,
otra vez la galana Primavera
suceda; i otra vez con sus espigas
vuelva el Estío, Otoño con sus pámpanos
i el Invierno también con sus neblinas;

sin que la Musa, que en el seno mora
de la selva repuesta i escondida,
deje su choza i el aplauso busque
i el público favor, aunque la envidia
sus flechas le dispare, i la ignorancia
audaz i torpe de su intento ría?

¿Será que allí, bajo la fresca sombra
del árbol que la arrulla i la cobija,
en donde consonó, de cañas hecha,
su tosca flauta con la no aprendida
canción de los turpiales; donde, ufana,
para su chumbe hiló la seda rica
que el gusano en sus copos atesora
i las cortezas en sus rudas fibras;
donde las mieles de dulzura llenas,
llenas de aroma, en *Ánfora* de arcilla
del panal exprimió, sola por siempre,
sola la Musa i olvidada viva?

Ella lo teme así.
Noble Mecenas
que del Poder en elevadas cimas
de privanza gozó, culto, entusiasta,
honrado, liberal, a la florida
margen del Guaire, en alas de Favonio,
oyó los cantos de la Musa indígena.
Los oyó i aplaudió; i en libro terso
quiso brindarles plácida acogida.
«Un búcaro daré para esas flores
que abrieron su corola en las sombrías

montañas del gentil Coquibacoa,
o, riberas del mar, en la Guajira.
Para esas aves que al rigor de Invierno
discurren errabundas las campiñas,
un nido tejeré.» Dijo, i entonces,
volviole el rostro la Fortuna esquiva;
i quedaron sin búcaro las rosas
i sin tibio nidal las avecillas.

Ella lo teme así.
Senado ilustre
que en los ardores de la lucha cívica
su pecho acrisoló, que alas i premio
brindó a las artes, a la ciencia egida,
i al industrioso afán abrió su mano
a par del corazón, también un día
llamó a la choza de la Musa indiana,
en silenciosa soledad sumida.
Iba a sacarla de la inculta selva;
en espontáneo impulso a darle iba
su protección i su cariño. ¡Nunca,
nunca lo hiciera! Tempestad bravía
hasta el confín estremeciendo el bosque,
se desató, del ábrego impelida.
Huyó el Senado el peligroso trance,
volvió a su muda soledad la India,
i búcaro, i nidal faltó de nuevo
para sus flores i sus aves tímidas.

Bajo los dedos de Saturno en tanto
la rueda instable de los meses gira;

i otra vez, inmortal, el Sol de julio
en nuestros cielos tropicales brilla:
el mismo Sol, el mismo que en gloriosa
Pentecostés, iluminó la altiva
cabeza de los Próceres, de aquellos
que con un rasgo de su pluma digna
quebrantaron cadenas i arrancaron
el cetro a la infecunda tiranía.
¡Efemérides santas!

Jefe austero
que del Estado por la suerte mira,
a celebrar la memorable fecha
se apercibe eficaz. Lauros i espigas,
mirtos i rosas, en el ara santa
de los Númenes patrios deposita;
certámenes promueve, a la afanosa
mujer alentadores; leyes dicta
del arte en beneficio i de la industria;
imprime en bellas páginas las vidas
de los Héroes zulianos, para ejemplo
de la infancia estudiosa.... i a la lira
de mi Musa selvática promete
galas i adorno en edición pulida.

Mas ella teme aún; duda, Guillermo,
porque un año corrió desde aquel día
en que le fue, por mediación de amigo
franco i leal, tal prenda prometida,
i aun no tienen un búcaro sus rosas,
ni alero en que posar sus golondrinas.

¿Será que el Magistrado, de su oferta
arrepintiose yá? ¿I hai quien lo diga?
Nunca, nunca cerró con nudo estrecho
la boca a su escarcela: ántes vacía
su mano liberal dejola en veces,
por remediar miserias i desdichas.

Ese taller que riges con tu hermano,
de labor i constancia paradigma,
fue el escogido por que en él la Musa
velo, si rico nó, galano ciña;
i tú, Guillermo, a quien antiguo lazo
de sincera amistad me junta i liga,
tú el mensajero que del bosque hojoso
debes hasta la urbe conducirla.

¿Eso, nomás? ¡Oh, nó! Pulir sus versos
bajo los filos de tu docta lima,
como siempre lo hiciste, como siempre
que a ti se fueron las canciones mías;
curar de que la veste, sin lunares,
de la mano genial de los artistas
surja; i si con tu gusto se conforma,
ajustarla a sus curvas i a sus líneas.

¿Qué tarda, pues, el trovador gallardo
en cumplir su misión? A la montiña
¿por qué no guía el paso diligente?
Sabio en finezas, ducho en cortesía,
atento, servicial, ¿por qué no acude
si le espera una dama, cuando india?

Ella teme otra vez; teme, Guillermo,
que al volar de las horas fugitivas,
mueran errantes sus silvestres flores
i sus aves indianas sin guarida.

¡No será, nó! Perdóna la impaciencia,
el afán disimúla que me aguija
i colocó la péñola en mi mano
para trazar tan desmañada epístola:
así te lo demanda mi cariño,
lo impone así nuestra amistad antigua.

Yo sé que irás, rompiendo la espesura,
hasta la choza en que la Musa habita;
que le darás tu protección, tu afecto,
cual si lo hicieras con tu Musa misma.
Sé que la traerás sobre tus hombros
lleno de orgullo a mi ciudad nativa;
i que al ponerla en mis amantes brazos,
luciendo yá la vestidura nívea,
beberemos, por ella, de sus mieles
en el *Ánfora Criolla* de mis rimas.

UDÓN PÉREZ.

II

A Udón Pérez

Cierto: así pasan i se van los días
tras el curso implacable de las horas,
como del Lago azul hacia las playas
van entre espumas a morir las olas;
como en fluir de manantial, el verso
corre uno a uno en tu galana trova.

Yá sé también que tras la noche bruna
múltiples veces apuntó la aurora,
i otras tantas el Sol por el Oriente
surgió blandiendo su encendida antorcha,
la agitó en el Cenit i del Ocaso
la fue a ocultar entre las zarcas lomas;
i más aún: que en renovado giro,

de los cielos la blanca soñadora,
regando luz, circunvaló la esfera
sobre el carril de su inmutable órbita,
sin que cumplido tu incesante anhelo,
la Musa indiana –*que en el seno mora*
de la selva repuesta i escondida–
en busca del aplauso i de la honra
con que el favor del público la aguarda,
dejar pudiera la encantada choza.

Parece en vano que por dar al tedio
engaño i curso en las vigilias hondas,
con paciente labor la fibra hilara
del árbol que le presta amiga sombra,
i, por sus dedos hábiles tejida
en trama resistente i primorosa,
la chumbe hiciera que en sencilla gala
su cuerpo encubre i su belleza adorna.
I hasta parece, Udón, que, en vano siempre,
a do la abeja en el panal labora
se fuese por buscar las mieles rubias
que trajo al fin en envidiable copia,
yá que después en desleído plazo
quedó la India entre la selva sola,
como con sed tántalica la vista
clavada i fija en la ciudad remota....

I así las horas i los días luégo
i los meses también, so las rugosas
manos del Tiempo, en el girar del huso,
formando fueron apretada rosca,

mientras tu Musa indígena –arrancando
a su flauta de cañas dulces notas–
distraía el esplín con que esperaba
bajo el rústico asilo de las frondas,
la chumbe yá ceñida i con sus mieles
recogidas en *Ánfora Criolla.*

A bien que enantes protector impulso
llegó a nacer en almas generosas,
cuando del bosque se extendió en los aires
el canto de tus tímidas alondras,
cruzó por la ciudad que se extasía
en el diáfano espejo de las ondas
i aun del lejano Guaire en las riberas
fue a sacudir sus clámides sonoras,
i por ello en tu pro, como hechizado,
a verterla inclinó su cornucopia
de gracias i promesas, quien podía
trocar tu sueños en palpable obra;
a bien que luégo –por contrarios vientos
tu afán tronchado i tu esperanza rota–
se volvieran a alzar tus alegrías
del polvo en que el Destino las ahoga,
cuando la oferta de Senado ilustre
como un sol nuevo por tu oriente asoma,
segunda vez las viste que cayeron
de lo alto de la cumbre luminosa,
como del árbol, débiles i mustias,
al ábrego otoñal caen las hojas....

¿Yá no será que las levante algúno?
¿Yá no será que de la miel sabrosa

quiera nadie libar con que le brinda
tu selvática Musa?

Antes i ahora
¿cuándo no fue que al elevar acentos
en el ritmo engarzados de la tiorba,
ardomeció tu canto, como un filtro,
los corazones i las almas todas?

¡Aun te conserva su prestigio el numen!
¡Aun tiene el Hado para ti coronas!

Tus aves, que del bosque entre la umbría
gorjearon alegres a la aurora
i que, a la noche, en las desnudas ramas
durmieron sin nidal, tristes i solas,
amparo yá tendrán; no más la gélida
ráfaga nocturnal en la modorra
de su aliento mortífero, como antes,
las llegará a sumir.
¡Confía i góza!

Firme se alzó la voz del Magistrado,
de noble amigo a la demanda pronta,
i adorno i galas prometió a tu lira,
prez a tu Musa, nido a tus palomas.

I así vibró en mi oído:
«Para esas
gayas flores que abrieron sus corolas
en los guajiros predios o en las vírgenes

montañas del gentil Coquibacoa,
un búcaro daré; daré un abrigo
para esas aves que en tenaz zozobra
discurren, ateridas i errabundas,
cuando el Invierno la campiña arropa.»

Para acopiar las briznas i las granzas
de ese tibio nidal; para dar forma
a la húmeda arcilla, con acierto
escogido fuí yo:
quien en la copa
del afecto leal siempre contigo
bebió del vino de amistad; quien llora
tus penas como suyas i se siente
feliz de triunfos que tu Musa logra....
ése, aun sin luces de preclaro artista,
mejor, sin duda, entre sus manos toscas
sabrá nielar el vaso que las raras
esencias contendrá de tus estrofas.

Se agita yá en el obrador: selecta
gredas i barros, el modelo forja,
i a la mano genial de sus artífices
demarca líneas i prescribe normas.

Yá no temas, Udón; recelos vanos
de tu impaciencia i tu ansiedad repórta,
que si antes incubaron i crecieron
de síno adverso bajo el ala torva,
es bien que se disipen i se esfumen
cuando cefiros de esperanza soplan.

Así la gente de Colón, un día,
mientras los mares del misterio explora,
en júbilo i en fe trueca sus dudas
la tierra al ver desde las altas proas.
Césen también ¡oh, bardo! tus afanes:
desde la nave lírica en que bogas,
aun lejana tal vez, pero yá cierta,
miras por fin la suspirada costa
en cuya playa el sol su manto de iris
va sacudiendo en las marinas conchas.

Yá no temas, Udón; de mí te digo,
con palabra desnuda de lisonja,
que me enaltece tu cariño ingenuo,
que de ufanía tu bondad me colma,
cuando al alero en que mis aves cantan
las tuyas vienen a acordar sus notas....
–Cuída no sea que en tu claro verso
se aprecie el rasgo de mi lima indocta,
como la mezcla del metal impuro
en los quilates de pulida joya.–

Te aseguro de mí que iré placiente
al seno agreste de la selva hojosa,
en cuyos amplios cóncavos tu Musa
de cañas i de juncos tiene alcoba;
mi brazo le daré i hasta la urbe,
del césped por las húmedas alfombras,
mi solícito afán le será egida
i mi cuidado inseparable escolta;
tal que la misma fuese cuyas alas

en caricia de luz mi frente rozan,
cuando a la sed del labio calma busco
en las sagradas linfas de Helicona.

A ti la llevaré, yá al viento dando
el atavío de la urbana pompa;
i satisfecho tú, yo complacido,
todos contentos i tu Musa en gloria,
al calor del hogar que nos congrega
i al arrullo de amor de tus alondras,
las mieles gustaremos de tus rimas
acendradas en *Ánfora Criolla*.

G. TRUJILLO DURÁN.

GLOSARIO

GLOSARIO

Aliles.—Tribu indígena que habitaba en las riberas meridionales del Lago.

Amariba.—El Genio bueno. Dios.

Arijuna.—Español. Hombre civilizado.

Báquiro (*dicotiles torquatus.*) — Puerco montés, parecido al jabalí.

Barra (de Maracaibo.)—El estrecho que une al mar Caribe con el Lago Coquibacoa.

Bijao.—Planta mui útil, de cuyas grandes hojas se sirve el indio para formar barracas.

Calumel.—Utensilio para fumar tabaco. Pipa.

Canei.—Choza.

Caraire.—Tigre.

Coroza.—Especie de sombrerete con plumero.

Cosina.—Casta de indios rapaces i traidores.

Cuima.—Nombre propio de varón.

Chaco.—El cerco de palos formado en la batida de los caimanes, para cogerlos.

Chinchorro.—Hamaca de red, ordinariamente con flecos por las dos orillas.

Chumbe.—Refajo o manta.

Estero.—Sitio hondo en el cual se detienen las aguas que proceden de las lluvias o de los desbordamientos de los ríos.

El Caño.—Llamado de Garabulla. Está situado a la derecha de La Laguna de Sinamaica, i conduce al pueblo de este nombre.

Gandul—Indio adulto o capaz para tomar las armas.

Guaica.—Asta o pedazo de palo; también se llama *macana.*

Guajarima.—Nombre de varón.

Guajiro.—Natural de la península La Guajira.

Guaricha.—India soltera. Mujer.

Guasare.—Río que nace en la sierra de Perijá, toma las aguas de los ríos Totolí i Sucuicito i luégo se une al río Sucui.

Guasca.—Magüei. Pita.

Guayuco.—Pampanilla.

Guazábara.—Contienda. Lucha. Guerra.

Gunía.—Nombre de mujer: significa *uva.*

Hohobit.—Maestro de baile.

Huta.—Choza.

Iguaraya.—Nombre de mujer: significa *dato.* (Fruta del cardón, género *cactus.*)

Irúa.—Nombre de mujer: significa *paloma.*

Itotos.—Antiguo nombre de la sierra de Perijá.

Jején (*simulia sp.*)—Insecto del orden de los dípteros.

Jicrito.—Canastillo de palma.

La Laguna (de Sinamaica).—Ocupa territorio del municipio Sinamaica, Distrito Páez, Estado Zulia. Tiene cuatro leguas cuadradas de superficie i se encuentra situada entre 10 grados 56 minutos a 11 grados 1

minuto latitud norte, i 5 grados 3 minutos a 6 grados 8 minutos longitud oriental del meridiano de Caracas.

Lapa (*cœlógenys paca*).—Género de mamíferos roedores, familia *pacas*.

Maconte.—Antiguo nombre del río Sucui.

Marabino.—Perteneciente a Maracaibo. Es adjetivo neológico.

Moján.—Adivino.

Mojanes.—Indios de la tribu de los Toas que habitaron en las riberas del Distrito Mara, Estado Zulia.

Mopora (*A. Maracaibensis*).—Palma cuyo tronco es mui resistente i duradero dentro del agua.

Moporos.—Indios que habitaron al sudeste del Lago.

Motilones.—Tribu belicosa que ocupaba una inmensa cantidad de territorio desde los límites con Colombia, por todas las costas i vertientes al Lago de Maracaibo, hasta el río Chama.

Niquibao.—Planta de hojas olorosas.

Onotos.—Tribu que ocupaba las márgenes del río Sucui, cerca de su desembocadura: significa *achiote*.

Pagayo.—Canalete.

Palmiche (género *oreodoxa*) Palmas cuyas hojas son mui propias para cubrir los edificios pajizos.

Papayero.—Botuto.

Parajuro.—Nombre de varón.

Paraujano.—Indio inferior al guajiro en figura, en fuerza, en destreza i en sentimientos.

Penda.—Arbol corpulento, de la familia de los ceibos.

Perquisa (*bradypus torquatus*).—Perezoso.

Piache.—Adivino i médico.

Piaimán.—Lo mismo que *piache*.

Porauca.—Guerrero.

Poró.—Nombre de varón: significa *diez.*

Raya.—Arma arrojadiza, envenenada.

Santa Rosa.—Ranchería de indios construida sobre estacas dentro del Lago, al norte de Maracaibo.

Sira.—Faja de los indios ricos. Venda.

Sucui.—Río de los de tercer orden entre los de Venezuela, por su navegación de 22 leguas i por su curso de 43. Desemboca en el Lago.

Tamare.—Nombre de varón.

Tequiara.—Véase *coroza.*

Tiuna.—Nombre de varón: significa *tuna.*

Toas.—Tribu indiana que habitaba en la Isla del mismo nombre, situada en la parte septentrional del Lago.

Vehique.—Lo mismo que *piache.*

Yarfá.—El Genio malo. El diablo.

Yaurepara.—Nombre de varón.

Zancudo.—Mosquito de trompetilla.

Zapara.—Nombre de varón i de una tribu que habitó en las riberas septentrionales del Lago.

INDICE

ÍNDICE

PÁGINAS

Portada 1
Obras del autor 2
Epígrafe 4
Preliminar 5

Poemas:

Vendida 7
La voz del alma 29
La venganza de Yaurepara 43
Vencida 59
Por el campo florido.... 77
La Leyenda del Lago 97
Guajarima 111
Las Islas del Coquibacoa 129

PÁGINAS

En el Lago:

El Lago Coquibacoa.... 145
El pescador.... 146
Impudicicia.... 147
Divagación.... 148
Isla de Toas.... 149
Luz solar.... 150
El junco.... 151
Bosquejo.... 152
Visión Pagana.... 153
Noche veneciana.... 154
Conjuro.... 155
Idilio matinal.... 156
El fantasma del Lago.... 157
La serenata.... 158
Llamando al viento.... 159
Labor lacustre.... 160
Lejos del hogar.... 161
Abordaje.... 162
Bajo el temporal.... 163
El retorno.... 164
La Oración de la tarde.... 165
Flores de invierno.... 166
Brindis.... 167
Tesoro tropical.... 168

En la selva:

La selva.... 171
Fiesta matinal.... 172
Plantas acuáticas.... 173

PÁGINAS

El boga...... 174
Concierto salvaje...... 175
De caza...... 176
Los amores del río...... 177
Mediodía...... 178
Tomando el sol...... 179
Escarlata...... 180
Río rebelde...... 181
El cuervo-aguja...... 182
Pelícanos...... 183
Nocturno...... 184
Música indiana...... 185
Confluencias...... 186
Palmeras en exilio...... 187
Puente viejo...... 188
Homenaje...... 189
Tren en marcha...... 190
Hora invernal...... 191
Duelo...... 192
Fauno criollo...... 193
El crótalo...... 194
A María Toledo...... 195
Visiones inversas...... 196
Danza Guajira...... 197
Sugestión...... 198
La fuga...... 199
La caza del corzo...... 200
Lucha salvaje...... 201
Abrazo mortal...... 202
Remedio heroico...... 203

PÁGINAS

Ciervos rivales.... 204
Acecho i muerte.... 205
Palomas blancas.... 206
Encuentro.... 207
Idilio trunco.... 208
Justicia.... 209
El perro del pastor.... 210
Suicida.... 211
Collar viviente.... 212
En la margen.... 213
La tejedora.... 214
Tatuaje.... 215
Virtud salvaje.... 216
Las ranas.... 217
Visión.... 218
Medianoche.... 219
El incendio de la selva.... 220

Motivos:

La hermana Agua.... 223
Hora pluvial.... 224
¿ . . . . ? 225
Efebos de provincia.... 226
Lira macabra.... 227
Vestigio.... 228
Tu musa.... 229
Iris.... 230
A mare and her foal.... 231
Esquivez.... 232
Indecisión.... 233

PÁGINAS

Tu cabellera 234
Paisaje 235
Eclógica 236
La cigarra 237
Ofrenda criolla 238
Ocaso 239
Mi símbolo 240
Flores i versos 241
La bandera en San Carlos 242
Náufraga 243
Croquis marino 244
En la celda del Poeta 245

Epístolas:

A G. Trujillo Durán 251
A Udón Pérez 257

Glosario 265

